



## Uso del espacio urbano

En el Informe sobre Desarrollo Humano en la Provincia de Buenos Aires 2002 se incluyó un capítulo acerca de la fragmentación del espacio urbano como uno de los principales condicionamientos negativos para la integración social. La condición socioeconómica de los hogares determina las oportunidades de acceso a la vivienda, al espacio público y a servicios esenciales. También, la libertad de circulación por los sitios públicos y la propiedad sobre la propia vivienda están fuertemente asociadas al sentimiento de pertenencia a una comunidad. Además, las formas de tenencia de la vivienda y del terreno, así como la infraestructura barrial, condicionan las iniciativas para llevar adelante acciones de desarrollo personal y de participación comunitaria. Por último, una división tajante entre lo público y lo privado, sumados a un abandono progresivo de lo público sólo generan más separación de las personas respecto a su comunidad. Para promover la integración social de jóvenes bonaerenses, el progreso personal y el progreso de la comunidad deben poder ligarse.

En toda América Latina, el espacio urbano crecientemente se fragmenta ante el incremento de ciertas formas de violencia y la proliferación de barrios privados o vigilados. Las ciudades han podido ser durante siglos vectores de integración y de movilización social, en tanto forzaban las interacciones cotidianas entre grupos sociales de diferentes culturas y ocupaciones. Ese intercambio permitió a las personas hacerse adul-

tas mediante el roce continuo con la diversidad, y los grupos subordinados pudieron ir tomando mayor conciencia de sus capacidades cuando en calles y plazas lograron verse como iguales con los sectores dominantes. No es casual que las ciudades fueran los ámbitos privilegiados de la movilidad social ascendente, y a la vez dieran origen a los grandes movimientos políticos populares.

Especialmente en las grandes ciudades, eso ha ido cambiando muy rápidamente en las últimas décadas. Los jóvenes pobres no pueden transitar por los barrios ricos porque son molestados por los agentes de seguridad; circular por algunas calles se ha convertido en un riesgo cierto para la integridad física; a partir de cierta hora, barrios enteros parecen absolutamente vacíos de transeúntes; en numerosas zonas, ya ni de día se ven niños jugando, ni adultos paseando por lugares públicos; las personas con alto poder adquisitivo tienden a cercarse en sus casas, en sus calles y aun en barrios con vigilancia privada, que hasta llegan a limitar la libertad de uso de los espacios públicos de los propios vecinos.

Ya la ciudad sólo excepcionalmente es un espacio común. Ello no solamente priva a todos de la posibilidad de circular libremente por calles y lugares públicos. También quienes se encierran minan su conciencia y su responsabilidad de formar parte de una comunidad integrada, pagando con su miedo el costo de que otros pierdan los atributos de su ciudadanía.

## Aislamiento y pureza

Así como la inestabilidad laboral no permite que los jóvenes puedan formar identidades fuertes en el campo profesional, las nuevas formas de vida en la ciudad también han trastornado las identidades basadas en el lugar de residencia, y cada vez se pierde más la sensación de “pertenecer a un sitio concreto en el mundo”.

El sociólogo norteamericano Richard Sennett analizaba hace unos años un proceso de fragmentación del espacio urbano en los países más desarrollados que luego se extendería a otras naciones. Sostenía que la organización segmentada de las comunidades urbanas estimula a las personas a esclavizarse en formas adolescentes de búsqueda de pureza y control total. Para cambiar esta situación, una ciudad socialmente integrada es una excelente herramienta, pues promueve interacciones que están más allá del control de cada persona o de cada grupo determinado. La inmensidad de la ciudad posee para ello un valor positivo, en tanto un contexto fuertemente heterogéneo favorece la madurez personal y desalienta la afiliación a diferentes formas de violencia social. Por el contrario, la pretensión de homogeneizar toda la vida urbana y de ordenar las interacciones de acuerdo al nivel socioeconómico de las personas lleva a una desintegración social que se retroalimenta constantemente.

En la adolescencia, las personas se enfrentan por primera vez al mundo con los medios suficientes como para actuar, pero sin la experiencia que les permitiría elegir en función de sus propios valores. A ello frecuentemente responden con una búsqueda de purificación de las relaciones, rechazando o negando el contacto con modelos que puedan interferir con una visión absoluta de la realidad. Cuando no se presentan casos de rebeldía y aislamiento exagerados, la adolescencia suele ser la

etapa en que se forjan las adhesiones más profundas –a grupos de amigos, a personas, a gustos artísticos, a opiniones o estilos de vida–, donde se rehúsa a ser cualquier otra cosa que pueda parecer diferente de lo que se quiere ser. Allí se traman limitaciones auto-impuestas en las relaciones sociales, muchas veces diferentes de las que se recibía de la autoridad paternal. De esta manera, en la adolescencia la identidad se forja fundamentalmente por vía de la semejanza, el sentido de afinidad principal reside en la creencia de ser similar o comparable al grupo u objeto de adhesión.

Si una persona no enfrenta ningún reto relevante durante su salida de la etapa adolescente, corre el riesgo de permanecer toda la vida en la búsqueda de un ideal de pureza que le provoca temor y rechazo al contacto con todo lo que pueda ser percibido como extraño. Así, puede llegar a entrarse a la vida adulta con una fuerte servidumbre con la seguridad personal, basándose en el supuesto de que ya conoce lo suficiente de los contactos que se rechazan más o menos conscientemente.

En ocasiones, esto es visto como algo negativo. Pero, al asumirse la culpa de esta situación como si se tratara de un defecto personal inevitable, algunas personas se eximen de tener que tomar conciencia de que marginan a una gran cantidad de grupos sociales en su afán de legitimar su ideal de pureza. Por eso, muchos jóvenes pueden permanecer inmóviles ante situaciones cotidianas que perciben como injustas, e incluso ante los efectos negativos que algunas de sus acciones causan sobre otras personas. Pueden incluso tolerarlos porque se anuncian a sí mismos como adherentes a grandes ideales pero sin capacidad suficiente como para concretarlos. La atribución de tal incapacidad a culpas ajenas completa la tarea, y la conciencia puede así permanecer inmaculada.

En la adolescencia, la solidaridad con el grupo con el que se desea convivir se construye en base a una disminución de la identidad con el resto de la sociedad: este proceso puede extenderse a lo largo de toda la vida en la medida en que se rechace el intercambio al que obliga la heterogeneidad de las ciudades. Allí reside el impulso mayor por el que se producen cercamientos en ciertas zonas residenciales o de esparcimiento. Se eleva a tal nivel la ilusión de unidad del pequeño grupo de vecinos, que el resto de la ciudad comienza a percibirse como básicamente hostil y culpable, y hacia ella se responde levantando muros y reprimiendo el ingreso de “extraños” al territorio demarcado por los “iguales”. Pero este proceso se reproduce al interior del cerco, retroalimentándose constantemente entre los propios “incluidos”: todas las lealtades deben por tanto ser amables, y todos los conflictos resultan inaceptables.

Además, esto sólo puede ser válido para los grupos con recursos capaces de controlar materialmente sus límites y composición interna: los barrios de las ciudades de la primera mitad del siglo XX eran complejos porque ningún grupo poseía los recursos económicos suficientes como para construir cercos. También, entre los sectores pobres, el compartir entre personas y familias es un elemento necesario para sobrevivir, y esto suele reflejarse en diversas manifestaciones culturales, en tanto las personas con mayor poder adquisitivo pueden retirarse a sus casas, pues ya no se necesitan entre ellos. De hecho, esto puede notarse claramente en el hecho de que la autosuficiencia es el valor predominante en la publicidad referida a los emprendimientos inmobiliarios privados.

En este aspecto, la responsabilidad de los planificadores no ha sido suficientemente señalada. Utilizar el conocimiento profesional para el Desarrollo Humano no puede limitarse únicamente a la satisfacción de demandas individuales, sino

también debe orientarse a satisfacer necesidades sociales. La vida urbana se va fragmentando en espacios controlados rodeados de un entorno cada vez menos controlado. La simplificación mediante la programación estricta en espacios cercados se construye sobre un modelo de vida ordenada, en el que las relaciones se hacen homogéneas para garantizar el ideal de pureza.

De esta forma, no sólo se aporta menos económicamente para que en el conjunto de la ciudad puedan establecerse normas de convivencia y se logre el suficiente poder de policía para exigir su cumplimiento, sino que se produce un desinterés recíproco que impide que las personas participen en debates significativos acerca de asuntos públicos. La pureza personal se afirma por dos vías complementarias: no hay contacto real con otras caras de la sociedad y no hay necesidad de argumentar para justificar las propias acciones: el miedo es el principal argumento.

En síntesis, lo que no ha sido suficientemente aclarado es que resulta imposible resolver el problema del orden público mientras existan paraísos privados enquistados en el medio de la ciudad. No hay fuerza pública que pueda garantizar la seguridad de una ciudad donde hay amplios lugares en los que –invirtiendo la notable frase referida a los cementerios– quienes están afuera no pueden entrar y quienes están adentro no quieren salir. Pues no se trata solamente de un problema de violencia, sino más bien es uno de conciencia ciudadana: las normas deberían cumplirse no sólo por temor a la sanción, sino también y fundamentalmente por el convencimiento de todos acerca de su generalidad y conveniencia.

En tanto la vida social de ciertos grupos se limita a departir amablemente con personas iguales –en la forma de pensar, en el nivel socioeconómico, hasta en la manera de hablar–, la única interpelación so-

bre estilos de vida o responsabilidades se funda exclusivamente en la autoconciencia. Cuanto más control se fabrica internamente, más se valora el espacio cercado. El resultado es un proceso de incremento en espiral de la fragmentación social, donde falta el contacto cotidiano con la variedad que construye el espíritu de la vida adulta. Incluso las posibilidades de diversificar las experiencias pueden llegar a excluirse con la pretensión de que “se está realizando un acto moral”.

La disciplina estricta por miedo a lo incontrolado equivale a hacer de la impotencia una virtud. El espacio completamente planificado y controlado permite construir la ilusión de vivir para siempre en una adolescencia en la que se pretende simplemente que la vida externa se adecue mágicamente a las propias pretensiones, y se construye una inocencia voluntaria acerca de los efectos que las propias acciones tienen sobre los demás.

La búsqueda de pureza imposibilita la verdadera interacción entre personas, pues no permite la permeabilidad. Así no hay construcción conjunta posible, ni modificación de las acciones de cada uno en función del bien común. No hay entonces tampoco motivación o impulso a la participación en asociaciones, porque se desdénia todo lo ajeno, lo que no reproduce la imagen de uno mismo.

A la vez, la aglomeración espacial frecuentemente conduce al surgimiento de contraculturas, sistemas de valores que se afirman en su oposición a los de la cultura percibida como hegemónica. La única política de seguridad que se puede imponer en el marco de la proliferación de las culturas de la fragmentación y la inseguridad es la que se basa en la violencia.

Fabián Nieves incita a observar “que el sentido común asocia «desorden» con «falta de control» o «descontrol», y que la incertidumbre frente a estas situaciones, llamadas «situaciones de masas», es la incertidumbre que plantean las situaciones

nuevas, incógnitas, por el sólo hecho de resultarnos simplemente desconocidas”. Ser joven implica otorgar una importancia fundamental al proceso consciente de definir las elecciones significativas para construir la propia identidad. Obviamente, es algo difícil de hacer en un tiempo en que crece constantemente la incertidumbre acerca de las condiciones más elementales en las que se desempeñará cualquier vida en los próximos años. Innovaciones en tecnología médica y genética, transformaciones repentinas de los mercados y del mundo del trabajo, escepticismo acerca del valor futuro de las especializaciones profesionales, son ejemplos de las dificultades que tienen hoy los jóvenes para construir la identidad. El cuestionamiento de los límites estamentales a las interacciones sociales disminuye por lo tanto en su importancia, y se debilitan también los incentivos para incrementar la participación social.

## **El espacio urbano como oportunidad de integración**

La juventud es la etapa de la vida en la que menos pesan los temores para circular por la ciudad. Es por eso también una fase en la que pueden promoverse iniciativas para la integración social de personas de diferentes estratos sociales. Las oportunidades de desarrollo personal y laboral de muchos jóvenes pertenecientes a hogares de menor nivel socioeconómico dependen en buena medida de su capacidad de desplazarse por el espacio de la ciudad.

La acción política sobre el espacio urbano puede ser un vector de cambio fundamental en las relaciones sociales. Ello sólo es posible si se acepta que no es exclusivamente el territorio público el que debe ser regulado, sino incluso los espacios privados no domésticos. No sólo puede

implicar una mejora en términos de sentimiento de pertenencia y respeto a las normas, sino a la vez una igualación de las oportunidades laborales y, por consiguiente, socioeconómicas.

Rubén Katzman afirma en un trabajo reciente que “la lentitud con que se va procesando el decaimiento de los espacios pluriclasistas de sociabilidad informal en las ciudades hace que sus consecuencias sobre la integración social pasen muchas veces inadvertidas para las mayorías ciudadanas. Por ende, sus efectos son usualmente subestimados como factor de integración, como fuentes de renovación de las reservas de altruismo, solidaridad y de actitudes de aversión a la desigualdad”.

En la práctica, los jóvenes que viven en el espacio “interior” de los muros de la vigilancia privada perciben las limitaciones que éstos imponen, pero a la vez no llegan a apreciar que su apertura podría provocar más beneficios que pérdidas. Quienes viven al “exterior” de las áreas vigiladas muchas veces pierden la conciencia directa sobre las limitaciones que imponen los controles, pues los naturalizan. Muchos jóvenes marginados se maravillarían si se les informara que tienen exactamente el mismo derecho a usar la vereda de un barrio residencial que quienes allí viven.

La pérdida de relevancia del espacio público en la cultura lleva a que muchos jóvenes –de todas las clases sociales– deserten de él y afirmen su propio barrio como “refugio”. Ello no sería un problema grave, si las oportunidades laborales estuvieran igualmente distribuidas en el territorio. Pero en tanto la capacidad de circulación permite acceder a oportunidades laborales, la “deserción” realimenta la desigualdad social.

Parte de las posibilidades de mejorar la integración social radica en las oportunidades de encuentro, conocimiento e intercambio entre las personas. En ese sen-

tido, el uso espacio público puede ser concebido como un mecanismo de integración social, ya que podría funcionar como herramienta de distribución de recursos y de oportunidades, como ámbito de desarrollo personal y como dador de sentido de pertenencia a una comunidad.

Sin embargo, no es estrictamente el espacio público el que podría desempeñarse exclusivamente como vía de integración. Muchos otros lugares que son objeto de regulación normativa funcionan o podrían funcionar a favor de la integración: el espacio propiamente público, los espacios de asociaciones abiertos a la comunidad (por ejemplo, clubes o sociedades de fomento), los espacios privados regulados por normas públicas (bares, discos, centros comerciales o medios de transporte) y otros espacios privados no domésticos (empresas o barrios privados).

Como afirma el uruguayo Gustavo Remedi, “en efecto, cuanto más lo pensamos descubrimos que hay espacios «vacíos» (estacionamientos, lugares públicos abandonados, grandes espacios abiertos, avenidas) que en realidad son inservibles como espacios públicos; espacios «llenos» que en realidad son públicos y albergan relaciones sociales (bibliotecas, teatros públicos, salas de exposiciones); y otros en apariencia públicos (cines, ómnibus, templos religiosos, centros de enseñanza privada, shoppings), donde se congrega o se forma el público, pero que en realidad no son verdaderamente públicos. Una conceptualización más precisa todavía, capaz de captar el tipo de transformaciones sutiles que están ocurriendo hoy en día, debería, asimismo, dar cuenta de una serie de espacios «mixtos», «intermedios», «de contacto» y «de paso» (la ventana, el club, la escuela, el ómnibus, la parada del ómnibus, el walkman, el computador, el televisor en medio del living) cuyo análisis formal y de los modos reales de uso resultan vitales a la hora de sacar conclusiones”.

Los jóvenes deben ser vistos como

un actor estratégico en relación al aumento de la integración social a través del uso común del espacio urbano, en tanto están menos determinados en su accionar por su pertenencia a una clase social y porque suelen ser más abiertos en sus relaciones sociales que los demás grupos de edad. A diferencia de los niños, ellos tienen mayores libertades para moverse y son capaces de interactuar con quienes deseen hacerlo. A diferencia de los adultos, suelen estar en la búsqueda de lo diferente, lo estimulante, y no es usual que tengan responsabilidades que los inciten a desechar totalmente el riesgo o a la transformación. En la adultez, la pertenencia de clase y la relativa rigidez de las condiciones laborales suelen influir de manera decisiva en las relaciones sociales. Así, aunque el espacio físico sea abierto, las restricciones vendrán por el lado de la interacción social; difícilmente los adultos estén tan dispuestos al intercambio con personas de un estrato social diferente al propio, como sí lo están la mayoría de los jóvenes. De la encuesta analizada en este mismo Informe (ver el capítulo correspondiente) se desprende que el 58% de los jóvenes bonaerenses afirma que estaría dispuesto a organizar actividades sociales de su interés con jóvenes de clases sociales diferentes a la suya. Ese valor se incrementa en el interior de la Provincia, llegando en las ciudades grandes a un 82%. Por otro lado, en general es la juventud la que más recorre la ciudad y la que más tiempo pasa fuera del espacio privado.

La integración social requiere de un alto grado de interacción entre los diferentes actores de un sistema social. Supone intercambio cotidiano entre las partes y un bajo o nulo grado de aislamiento social, entendiendo por tal cosa vínculos débiles o nulos con el mercado, con los distintos servicios del Estado y con diferentes segmentos de población. Asimismo, comprende la adscripción a una serie de patrones normativos y valorativos

comunes.

En ese sentido, debe concebirse al espacio urbano en dos niveles: por un lado, como vía de integración social de los jóvenes en el conjunto de la comunidad; por el otro, como lugar de integración de los jóvenes entre sí, como generador de encuentro y de desarrollo de actividades de esparcimiento que los diferencie de personas de otras edades, como área de intercambio entre diversos estratos sociales, e incluso como impulso para que asuman un papel más activo en su comunidad.

Las condiciones necesarias para que el espacio funcione como lugar de integración están parcialmente supeditadas a sus características físicas. Sin embargo, no es este el punto sobre el que más se detendrá este capítulo. El urbanismo es una disciplina de amplio desarrollo, que en todo caso hoy rema contra la corriente por falta de poder social. Además, el grado de inversión que se requiere para transformar este aspecto del espacio urbano excede largamente los minúsculos recursos que se requerirían para una política de integración social de los jóvenes ligada a la ciudad.

En tanto exista una juventud como actor social con poder político, el urbanismo tendrá más oportunidades de regular el espacio a favor de la integración social. Una ciudad no se construye sin almas que le impregnen su encanto. Por ello, una forma apropiada del espacio es necesaria pero no suficiente para promover la integración. Las configuraciones del espacio urbano y el estado en que se encuentra pueden alentar o desalentar la vida comunitaria, el encuentro, la participación y la emergencia de significados compartidos, es cierto; pero es el despliegue de relaciones sociales, la utilización que se haga del espacio, lo que finalmente promoverá mayores o menores grados de integración social.

En el Forum Barcelona 2004 se presentó la exposición “Ciudades Esquinas”,

con el siguiente lema: “las consideraciones sobre los puntos de cruce y de esquinas nos conducirán a reflexionar acerca del contraste, el consenso y el conflicto, acerca de la coincidencia en la diferencia: sobre la verdadera urbanidad. La exposición propone un recorrido en el que veremos la forma en que las esquinas materializan el encuentro, el cruce y el intercambio, la sorpresa y la opción, el miedo o el conflicto, la referencia o el hito. Las esquinas urbanas, finalmente como exponentes de diversidad de condiciones culturales y geográficas”.

Tender a mejorar el uso del espacio equivale a enriquecer la construcción de identidad, la definición de uno mismo a partir de un lugar propio. El uso de la ciudad habilita además las relaciones entre personas y permite la comprensión y el reconocimiento de los lazos que unen entre sí a diferentes personas y grupos. Los lugares, sus cualidades y sus símbolos producen también sentido de pertenencia a una historia de grupo. El significado de un lugar en tanto área de encuentro y no solo de transición, posibilita inclusive una cierta estabilidad entre tanta incertidumbre; se convierte un punto fijo, un elemento de arraigo.

## La ciudad abierta

La ciudad es un espacio de oportunidades de integración social. En ella pueden enfrentarse cara a cara ricos y pobres, jóvenes y adultos, empleadores y trabajadores, creyentes y ateos, transgresores y conservadores. Estos intercambios resultan imprescindibles para conformar una comunidad integrada. Sin embargo, en tanto los contactos invariablemente implican incomodidades y tensiones, tienden a ser evitados por diferentes mecanismos de fragmentación del espacio urbano.

En *La cuestión urbana*, Manuel

Castells define la segregación urbana como “la tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas, entendiéndose esta disparidad no sólo en términos de diferencia, sino de jerarquía”. Algunos autores agregan a este concepto la homogeneidad de las redes sociales que se van formando y la auto-percepción de aislamiento por parte de los propios segregados. Asimismo, la segregación residencial suele estar definida en relación a la edad y al nivel socioeconómico, pero por extensión se amplía a otros aspectos, tales como la nacionalidad o las pautas de consumo. En otras regiones del mundo, la religión o la etnia también resultan factores de aislamiento. En la Provincia de Buenos Aires en particular, la segregación residencial se delinea claramente en base al nivel socioeconómico de sus habitantes: “barrios del primer mundo” florecen al lado de “barrios del tercer mundo”, sin que sus habitantes tengan ninguna relación significativa entre sí.

La circulación libre y fluida por la ciudad promueve oportunidades. Quien recorre las calles céntricas tiene mayores posibilidades de informarse sobre oportunidades económicas, de ver carteles del tipo “se busca vendedora” o de entrar en contacto con personas que necesiten alguna clase de servicio o producto. Además, las formas de hablar y de comportarse también se adquieren por interacciones diarias con otras personas. Para los jóvenes más pobres, salir del barrio supone entablar relaciones con personas que puedan llegar a precisarlos para algún trabajo. En el mismo sentido, entrar en contacto con personas en diferente situación social extiende el espectro de lo pensable. Para algunos jóvenes, esto significa imaginar la posibilidad de emprender alguna clase de estudio o capacitación, o de no abandonar el que estén emprendiendo. Para otros, puede ser un modo de ver por primera vez –desde el propio recorrido de

la ciudad— el camino de salida del ghetto.

Pero la comunidad tiene otra razón para desalentar los encierros: la desconfianza entre sectores sociales aumenta en la medida en que disminuye el contacto, y de esa manera se produce una espiral de quebrantamientos y aprensiones. Quien exclusivamente se informe a través de la televisión acerca de las condiciones de los barrios populares, tendrá una imagen de “calles oscuras transitadas solamente por gente violenta”. De esta forma, puede aumentar su disposición a justificar la ausencia de contacto y la acusación difusa a los sectores pobres de ser culpables de los males que padecen, precisamente por su supuesta condición de violentos: se trata de un típico ejemplo de falacia ecológica, “quien vive en una zona donde hay violencia es necesariamente alguien violento”. Las mejores intenciones no conseguirían verse consumadas, porque pareciera que los propios habitantes de barrios pobres atacan a quienes querrían ayudarlos. Perdida por un tiempo la tranquilidad de conciencia que otorgaba la visión de ranchos con antenas de televisión, hoy las estadísticas acerca de la violencia y los noticieros vespertinos cumplen sobradamente esa función.

Siguiendo la misma línea, Katzman plantea que, en los barrios más deprimidos y de mayor aislamiento social, la propia precariedad provoca que quienes pueden dejar el vecindario hagan todo por poder irse. Así, el común de los vecinos que permanece empieza a parecerse cada vez menos al modelo de persona exitosa que rige en la sociedad. Esta falta de “modelos exitosos”, es decir, de personas que han obtenido resultados favorables gracias a su dedicación, talento o disciplina, también influye sobre lo pensable y sobre la idea de la propia trayectoria de mediano plazo que puedan tener los jóvenes. Lo único visible, lo más inmediato, acaba determinando el mundo presumible. Como plantea este autor, tampoco existen oportu-

nidades de exposición de jóvenes residentes en zonas marginales ante esos modelos de rol exitosos que se ubican fuera de sus barrios.

Al residir en barrios donde no existen espacios de interacción con personas de otras clases sociales, los jóvenes pobres deben recorrer largos trayectos — con el correspondiente aumento del costo en tiempo y dinero— hasta dar con eventuales empleadores o para acceder a información laboral, así como para acceder a servicios u ofertas de capacitación. Además, más se agravan estas situaciones cuanto mayores son las áreas homogéneas, cuanto más apiñados y aislados del resto vivan los pobres, lo que equivale a decir: cuanto más aislados del resto vivan los ricos. En tanto, los potenciales empleadores, que tampoco circulan por los distritos más deprimidos, suelen hacerse eco de la opinión pública que estigmatiza estos barrios y se abstienen o rehuyen de emplear a postulantes que provienen de esas zonas.

Por el contrario, para las elites, la segregación residencial puede no provocar un aumento en los tiempos de viaje, porque su lugar de residencia se vuelve una zona de atracción, de destino, de oferta de trabajo y de servicios de esparcimiento, y también porque la construcción de autopistas permitió aumentar el valor de las tierras lindantes y construir allí barrios privados.

Los sectores de menores ingresos tienen en el espacio público mayores oportunidades de desarrollo personal que en el privado. En cambio, para quienes tienen algún capital, el espacio público no es una fuente de oportunidades de desarrollo personal, ya que prefieren el espacio privado de uso común, como los clubes o los colegios. Por ejemplo, conseguir un empleo para una persona de altos recursos suele estar vinculado a contactos personales dentro del círculo social en el que se mueve habitualmente, mien-

tras que para una de un hogar pobre, depende más bien de su capacidad de entrar en contacto con personas de otro sector que puedan emplearlo. Aun emprendimientos mínimos, tales como cuidar chicos o vender accesorios de belleza, resultan de mucho más fácil acceso para quienes viven en barrios de personas con elevados ingresos. La vida de los sectores de mayores recursos se desarrolla satisfactoriamente en el espacio privado y cada vez hay menos necesidades que satisfacer fuera de él. Finalmente, se configuran también ghettos en los que habitan las clases altas.

## Espacio de pertenencia

El espacio público no sólo es ámbito de prestación de servicios, sino que también simboliza y construye identidad social, provocando sentimiento de pertenencia a un conjunto, aspecto imprescindible del orden social. Los significados valorativos y afectivos otorgados a los espacios producen identidad social, pero también identidad individual. No sólo se es persona *de* algún lugar, sino que también se es persona *en* algún lugar.

Para que exista una idea de conjunto social es necesario que las personas posean la noción de compartir con el resto normas, experiencias, pasado y presente. Es fundamental la sensación de mantener interés en el destino de los demás, una dirección común a la que se conciba como parte de la propia vida.

La fragmentación del espacio atenta contra ese sentimiento, en tanto las personas comienzan a tener problemas e intereses disímiles. Las realidades barriales empiezan a ser tan diferentes que quienes las integran dejan de sentirse pares. Por otro lado, en los barrios más marginales en los que los adultos quedan sin trabajo, los estudiantes se ven forzados a dejar de

estudiar o a no poder siquiera iniciar, y los jóvenes rápidamente dejan de serlo. De esta manera, las regulaciones y valores predominantes en los demás barrios pierden pertinencia y naturalidad. Algunos autores señalan asimismo que el descrédito de las normas dominantes, sumado a una situación de empobrecimiento y desempleo en un contexto donde florecen los barrios privados, conducen a los jóvenes a aumentar su percepción de estar sufriendo una injusticia en la que otros sectores geográficamente identificables tienen responsabilidad. Esto suele diluir los límites entre lo lícito y lo que no lo es, entre lo legal e ilegal.

Pero también a las clases altas pueden afectarlas situaciones diferentes a las del resto de la comunidad, y sus intereses pueden pasar a ser paralelos. La falta de interés por el mundo que excede lo inmediato, el estrechamiento del campo de preocupaciones, conduce cada vez más a que las reglas que regían al conjunto comienzan a erosionarse, en tanto pierden utilidad y credibilidad. El horizonte de vínculos sociales se acerca cada vez más a la propia persona y disminuye el contacto con lo diferente a uno mismo. Se incrementa el desconocimiento por lo extraño, cuando no directamente el rechazo. En algunos casos, ha pasado a ser diferente aún el evidentemente similar, ya que el desconocimiento y el desinterés en el otro hacen que parezca mucho más extraño de lo que en realidad es. El desencuentro en el espacio urbano se hace total y las normas dejan de ser compartidas. La fragmentación del espacio urbano y la del sistema de normas y valores se combinan en un juego que se retroalimenta y que sólo deriva en problemas sociales y de convivencia.

Particularmente entre los jóvenes, la globalización trae aparejada otra consecuencia sobre la estructuración de identidades colectivas. Como señala Sergio Balardini, en ciertos sectores de la so-

ciudad “la identidad como acto de apropiación simbólica abandona, en buena medida, el dominio territorial para situarse en la dimensión del consumo transespacial. Esta circunstancia lleva a que jóvenes de diferentes geografías perciban que tienen mucho más en común entre sí, que con jóvenes de barrios vecinos, respecto a quienes se alejan en capital simbólico, argamasa con la que adquieren configuración y se despliegan las identidades. La TV por cable e Internet han contribuido significativamente a contornear esta nueva realidad, que deviene en una nueva formulación del “nosotros”, y, en consecuencia, del campo significativo de los “otros”. Lo distinto, aunque próximo, se convierte en distante. O, si se quiere, lo próximo, si distinto, se transforma en distante”.

Por otro lado, el encuentro entre las clases en el espacio de todos influye sobre la “tolerancia a la desigualdad”. Según explica Katzman, esta noción refiere a “estructuras subterráneas que, ante incrementos en los indicadores de desigualdad que sobrepasan lo tolerable, se activan para impulsar acciones solidarias que tienden a restablecer el equilibrio. Estas acciones pueden comprender desde apoyos electorales o iniciativas orientadas a proteger a los más débiles y mantener la calidad de los servicios de cobertura universal, hasta la disposición a pagar impuestos para apuntalar medidas redistributivas”. El uso del espacio común, la confrontación cara a cara con el otro, generan el sentido de pertenencia a un conjunto y los grados de tolerancia a la desigualdad disminuyen. La empatía y el compromiso moral con el más desaventajado sólo emergen si hay conocimiento del otro, si es alta la frecuencia de los contactos informales entre personas en diferente posición socioeconómica.

El espacio público es el escenario de esa clase de contactos, mientras que la

segregación residencial y la segmentación de los servicios traen como consecuencia el impedimento de estos encuentros, sentimientos de exclusión y de desarraigo. Sin embargo, no es cualquier tipo de espacio el que admite la construcción de una identidad de aglutinación y solidaridad social: el espacio debe ser significativo, valorado y con capacidad de convocatoria al uso colectivo.

Como señala el español Enrique del Acebo Ibáñez, cuanto mayor es el tamaño de la ciudad, más se hacen necesarios los espacios barriales para contrarrestar “el pernicioso efecto de esa indiferenciación anónima tan frecuente en las grandes ciudades, generadora de desarraigo”. Los espacios públicos de los grandes centros de las ciudades han pasado a ser más promotores de identidad que de participación. Exceptuando las manifestaciones y las protestas políticas o artísticas de impacto masivo, estos lugares sirven más a la construcción de identidad a través de la exposición de monumentos, símbolos o edificios emblemas, que a la participación y el uso de los ciudadanos. En cambio, los espacios públicos barriales cargados de sentido pueden convertirse también en sitios de pertenencia, sin afectar su competencia como escenarios de participación directa. Como señala el arquitecto Julio Ladizesky, el barrio tiene la escala física y social adecuada para hacer factible la participación de las propias personas, sin necesidad de representación. Allí cada vecino influye en las formas que adquiere el territorio y en las actividades que se desarrollan en él.

Por otro lado, en un contexto de globalización, los espacios barriales tienen dificultades para convertirse en lugares significativos para los vecinos cuando carecen de atributos atractivos. Mientras a la población les sean indiferentes, se seguirán eligiendo los lugares y los recorridos a los que habilita la te-

levisión.

## Espacio urbano, características y uso

El ciudadano común no percibe la ciudad en su conjunto, con todos sus elementos, sus continuidades y discontinuidades, sino aquellos espacios por los que transita cotidianamente y los que le son significativos por alguna razón. Asimismo, esos lugares son valorados jerárquicamente según la importancia que se les otorga personal y socialmente. Esa valoración tiene influencia sobre el modo de utilizarlos. Para la mayor parte de la población, el espacio público ha sido históricamente el ámbito de la vida colectiva, el territorio de la comunicación, la cita, las relaciones extra-domésticas.

Pero en las ciudades latinoamericanas el espacio público ha sufrido con el paso del tiempo significativas transformaciones en las funciones que se le asigna y los modos de uso. Según la arquitecta Silvana Pietragalli, éste ha pasado de ser el organizador de la vida de la urbe durante la colonia, a constituirse principalmente en un ámbito de contemplación y de respeto a fines del siglo XIX, símbolo de urbanidad. Eso explica la conmoción que en la Argentina causó ver en la Plaza de Mayo a miles de personas sin traje de oficina y refrescando sus pies en las fuentes el 17 de Octubre de 1945. Con el tiempo, los espacios públicos han pasado a conformarse como lugares funcionales, pensados para contrarrestar el abarrotamiento en la ciudad; así surgieron las “plazas de uso”.

En las últimas décadas ha habido un cambio que merece ser destacado y que resulta preocupante para la formulación de políticas públicas. Fundamentalmente en las grandes ciudades, los “vacíos urbanos”, las áreas sobrantes, han pasado a ser los espacios públicos propuestos. Por su parte,

por motivos diversos, el conjunto de la población ha modificado su actitud, encerrándose de manera más o menos voluntaria en lo privado. Así, lo público ha comenzado a perder su capacidad de convocatoria espontánea, la vida comunitaria se ha empequeñecido y las calles se han afirmado en su carácter de meras arterias o vías de tránsito. Ya no sólo las clases más acomodadas parecen prescindir de lo público. También las clases medias, e incluso las bajas han desertado de los espacios comunes.

El estado del territorio de uso común en la Provincia de Buenos Aires varía considerablemente de ciudad en ciudad y de barrio en barrio. Idealmente, el espacio público debería contener una serie de atributos que lo hicieran atractivo y adecuado para la recreación, el descanso, el encuentro y la participación. Debería poder constituirse en un núcleo de la vida social, un centro de la vida pública, el lugar de las relaciones cara a cara y de las significaciones compartidas. La degradación, el deterioro y principalmente el vaciamiento de ciertos espacios urbanos no pueden ser atribuidos exclusivamente a una falta de recursos económicos.

Sin embargo, es un denominador común en las ciudades grandes de la Provincia la deserción de las clases medias del espacio público, que hoy sufre de una notable “mala prensa”. Los medios de comunicación sólo se refieren a él para criticar su estado y su funcionamiento, y la opinión pública lo estigmatiza, ahondando así su creciente abandono y degradación. A la vez, se produce un efecto espiral, pues al no utilizarlo se desentienden progresivamente de su estado, y por lo tanto aumenta la demanda para que lo recaudado mediante impuestos tengan otro destino. La seguridad es hoy la instancia que centraliza los reclamos de los contribuyentes. No sólo los barrios privados cerrados y vigilados proliferan, sino también otros barrios utilizan sistemas de seguridad pri-

vada que identifican zonas controladas, dejando al resto fuera de control.

Además de la degradación física a la que está sometida gran parte de las áreas de uso común por desfinanciamiento, en algunos casos el espacio público resulta agresivo u obsoleto, o responde a una estética pasada de moda (las plazas de cemento, por ejemplo), lo que desalienta su ocupación.

Para los más pudientes, es un espacio de inseguridad, un lugar menos tranquilo que los lugares privados que frecuentan, y un espacio de exposición ante las personas más pobres. Para el más pobre, el espacio público puede ser más seguro que el privado cuando en éste sufre de hacinamiento, insalubridad o inseguridad, pero puede que también sea un lugar en el que se sienta “corrido” por las miradas ajenas o por la misma policía. Incluso, el ámbito público puede ser simbólicamente agresivo desde su forma física: las rejas punzantes que se ponen en ciertas plazas o veredas, las veredas angostas, las calles o avenidas ruidosas, o los monumentos enrejados para su preservación.

Según el sociólogo chileno Francisco Sabatini, la “modernización” ha dado lugar a cuatro fenómenos espaciales nuevos: la emergencia de “zonas” y “locales” especializados para el paseo y el consumo, “la casa-mundo” (pensada como capaz de proveer todo lo necesario para la producción, la reproducción, la recreación y el consumo), “el barrio-mundo” (pensado como refugio de clase) y el aumento de la importancia de los “espacios públicos virtuales” (teléfono, radio, televisión, video, computadora). Todo esto inhibe el deseo de usar lo público y, con su abandono, la calle y demás lugares públicos pierden fuerza como espacio simbólico. Se constituye así una nueva forma de vivir la ciudad: el encierro.

## La visión de los jóvenes

¿Por dónde circulan los jóvenes bonaerenses y cuáles son sus lugares de encuentro? ¿Qué valor le confieren al espacio público? ¿Hay áreas en las que sufren restricciones para circular? Para contestar estos y otros interrogantes, se realizaron entrevistas y talleres en diversas regiones de la Provincia de Buenos Aires. El presente apartado sintetiza las principales conclusiones extraídas.

Para los jóvenes, los principales espacios urbanos de uso parecieran ser la calle, las veredas, las plazas o los lugares de entretenimiento durante la noche. Se trata de los lugares que ellos mismos vinculan con la juventud, por los que se desplazan o de los que perciben que se han ido apropiando. Incluso, aunque parezca extraño, los jóvenes bonaerenses opinan que utilizan mucho más la calle que el resto de las personas, y por lo tanto se sienten observadores privilegiados de la realidad de la ciudad en la que residen.

Buena parte de los jóvenes tiene graves dificultades para comprender el concepto de “espacio público”. En algunos casos, lo entienden como sinónimo de discotecas, lo que a veces señala incluso un cabal desconocimiento acerca del derecho al uso del espacio común. En otros casos, se hace evidente una confusión entre lo público y lo gratuito. Se entiende lo público como aquello que supone ingreso irrestricto y gratuito y así se lo contrapone a lo privado. Aún explicado el término, a veces presentan dificultades para pensar en la posibilidad de un espacio físico público que no sea una plaza o un parque. En las ciudades grandes, las restricciones que genera la seguridad privada, o aun las fuerzas de seguridad estatales, para circular por ciertas calles céntricas o de barrios residenciales, llevan a que difícilmente puedan los jóvenes desarrollar ese conocimiento. Según la interpretación que

se extrae del comportamiento de muchos agentes de seguridad privados (y hasta algunos estatales), la persona que tiene la propiedad de alguna vivienda ubicada en cierta calle tendría más derecho a usarla que el resto de la comunidad. No es extraño el caso en que un cuidador se acerque a un joven y pretenda hacerle saber que no debe permanecer en una calle determinada, “porque su presencia molesta a los vecinos”.

La utilización de los espacios está íntimamente relacionada con la concepción y la percepción que se tiene de los mismos y, en consecuencia, la correcta acepción del concepto es esencial. Para quienes lo vinculan a lo no restringido o a lo gratuito, en lo público la igualdad entre las personas estaría garantizada. Otros definen lo público principalmente en oposición a la privacidad, y aquí es casi inexistente la vinculación entre lo público y lo propio: lo público sería aquello que es de nadie, lo que nadie cuida, lo devaluado. Es llamativo el hecho de que, entre los jóvenes, la segunda acepción no sea inusual. En ese sentido, resulta desalentador que cerca de la mitad de los jóvenes bonaerenses consultados en la encuesta provincial revelaran que no consideran como propio ningún lugar público de su ciudad.

Como ya fue dicho, los adolescentes sienten que son quienes más viven la ciudad, quienes más circulan por ella. Pero la idea de ir al boliche o de juntarse en la esquina parece dejar de seducir a la mayoría una vez que entran a la juventud o, sencillamente, la falta de dinero y la inseguridad lo impiden. De esta manera, la falta de espacios de encuentro empieza a hacerse más notable. Los jóvenes mayores de 18 años suelen tener dificultades para conseguir lugares donde reunirse, porque comienzan a variar sus horarios y tienen aún limitada su capacidad de gasto en transporte y en la actividad concreta. De todos modos, “los lugares tienen una vida útil, duran muy poco tiempo” como

centros de reunión. Los espacios cambian su significado, en general, al ritmo de la oferta privada.

Para ciertos adultos este hecho resulta incomprensible, pues recuerdan que en su juventud se reunían en los mismos bares durante horas. Sin embargo, hoy muy pocos jóvenes tienen recursos suficientes como para hacerlo en forma cotidiana. En consecuencia, mientras ciertos jóvenes aprovechan la noche para adueñarse del centro, otros lo hacen para apropiarse de las calles de su barrio. Principalmente en las ciudades chicas o intermedias, las esquinas céntricas suelen ser lugares de encuentro para parte de los jóvenes, no por tener algún tipo de atracción en particular, sino porque se imponen como sitios de aglomeración. Lo que atrae es el número de personas apiñadas, no las esquinas en sí, que no ofrecen ningún encanto propio. Esto queda demostrado con el tiempo, cuando cambian de esquina para encontrarse, sin que las características de ésta se hayan modificado. En general, los demás jóvenes salen poco en su tiempo libre o se reúnen en bares o casas de amigos.

En el Conurbano, la esquina del barrio tiene una connotación particular como lugar de uso. Es el sitio en el que se reúnen los más pobres, los que no tienen dinero para entrar a los bares, o quienes, por alguna razón, son vistos por el resto como los marginales: “consumen drogas, son peligrosos, cobran peaje, son vagos”. Los jóvenes del Conurbano que cuentan con algo más de dinero prefieren lugares tranquilos y seguros, como sus propias casas, o espacios de encuentro y actividad, como bares, boliches, shoppings o cines. Las dificultades económicas que impiden asistir a locales comerciales son las mismas que suelen explicar la falta de espacio en la propia vivienda para recibir amigos lejos de la mirada de adultos.

Los espacios públicos suelen ser abiertos, lo que limita su uso cuando hay lluvias o durante la temporada de frío. En

el interior los jóvenes concurren a algunas plazas o escenarios naturales, como playas, lagunas o balnearios, pero éstos no atraen como puntos de reunión durante parte del año o en días de lluvia o de vientos fuertes. En el Conurbano, los espacios de uso en los barrios son escasos. Además, la utilización de lugares de paseo o vías de circulación suele verse restringida por la prioridad que, en las zonas céntricas, parecen tener los vehículos por sobre los peatones. Gases, ruidos y veredas reducidas atentan contra la fluidez del tránsito peatonal. Pasear por la ciudad no es una opción, la gran ciudad sólo es transitada de prisa y como vía de acceso al trabajo o al estudio. La ciudad sirve para moverse, no para vivirla.

Los jóvenes del Conurbano señalan como indeseables aquellas plazas en las que está “prohibido pisar el césped”, las que tienen “horario de atención” y las que “parecen una jaula” porque están enrejadas. Las restricciones a determinadas actividades y horarios pretende evitar cualquier tipo de choque en la convivencia de los usuarios. Como señala Pietragalli, son espacios que, emulando la sensación de seguridad que producen los espacios privados, se vuelven cada vez más parecidos a éstos. La reja bordeando la plaza, cercando los juegos o los monumentos, “permite sentirse dentro estando fuera”, contribuye a aumentar los argumentos en contra de quienes dudan en entrar y la suspicacia entre quienes ya están en ella. Todo esto diferencia a las grandes ciudades de las pequeñas y medianas, en las que, al menos masivamente, no parece haberse tomado la medida de intentar mayor seguridad por medio de barreras físicas.

Otras quejas suelen hacer referencia al estado de los espacios públicos: descuido, falta de mantenimiento, abusos de quienes circulan por ellos. También se hace mención de la incomodidad de caminar por calles comerciales o de alta concentración de personas en las que, en po-

cos metros, se es interceptado por pedigrüños y tarjeteros.

Hay plazas y esquinas que no sólo son usadas esporádicamente por personas que abusan de sustancias tóxicas, sino que tienen directamente el poder de convocar para esa actividad; se sabe que ahí se consiguen y hasta que ahí se consumen. Muchos evitan pasar por ellas, aun de día. Prefieren rodearlas, especialmente las mujeres, que en general tienen más reparo en cruzar plazas. Suelen estar alejadas del centro, en oscuridad o tener árboles que permiten repararse de las miradas. Si se trata de una plaza céntrica, ésta ha de tener suficiente superficie como para consumir drogas o bebidas alcohólicas en el corazón de la misma sin ser visto desde las calles que la bordean. Como sugiere la encuesta a jóvenes bonaerenses, las dificultades de circulación por plazas y parques, si bien existen en toda la provincia y aun en las localidades medianas, se concentran en el segundo y el tercer cordón del Gran Buenos Aires. Junto con las estaciones de tren, las terminales de ómnibus, los sitios de prostitución o tráfico, conforman las zonas “impuras” de la ciudad en el imaginario juvenil urbano, a las que hace referencia la antropóloga Mariana Chaves.

Las avenidas anchas y las plazas despobladas y oscuras no atraen los paseos nocturnos y dan la sensación de que la cantidad de personas presentes es menor a la real. Esto provoca la búsqueda de otros lugares a los que ir, lo que en algunos casos se traduce en la movilización hacia otros distritos, con el consecuente aumento de costos y de riesgos.

Hay plazas que son exclusivamente para niños, y en la Ciudad de Buenos Aires existen incluso plazas que han sido cercadas para el uso exclusivo de perros. Tienen su superficie cubierta de instalaciones para ese fin, sin lugar para otro tipo de actividades, a veces sin césped. Pero no hay plazas diseñadas para el uso exclusivo de jóvenes. Sí se suele producir su

apropiación espontánea en algunos casos, pero no por su diseño o animación. En numerosos casos llegan a apropiarse de estos espacios a pesar de la disconformidad de las autoridades. Particularmente respecto a las plazas, los jóvenes prefieren aquellas en las que abunda el espacio verde, que permite la aglomeración de personas sin actividades pautadas: simplemente se requiere “mucho espacio verde para ir a tomar mate”.

En definitiva, los espacios públicos no suelen ofrecer las condiciones necesarias para el encuentro de jóvenes, lo que en general sí logra perpetrar el espacio privado. Sobran generalizaciones sobre el abandono y la indolencia supuestos de los jóvenes, y faltan espacios públicos de uso exclusivos para jóvenes en los que puedan desarrollar actividades propias. La respuesta suele ser pretender que vayan a lugares comunes y se comporten conforme se espera de ellos. Que “aprendan a divertirse sanamente”, en lugar de aceptar que las demandas de los jóvenes son tanto o más atendibles que las del resto, precisamente porque al no ser dueños de viviendas y no tener dinero para moverse, carecen de espacios de identidad. Por ejemplo, no suele haber espacios públicos en los que puedan reunirse con músicaailable, sin perjudicar la tranquilidad de otros vecinos. Los espacios privados también atraen más que los públicos por la seguridad que ofrecen; la mayoría de los jóvenes pide “que no haya bardo”. Además, la infraestructura de servicios de lo privado supera a la de lo público. La falta o escasez de baños públicos, por ejemplo, no sólo provoca desórdenes –hasta se usan los canteros a modo de baño–, sino que acaba incentivando el uso de los espacios privados.

En todas las ciudades en las que se consultó, los jóvenes opinaron que hay pocos espacios con acceso libre y gratuito que sean de interés para ellos. Además, buena parte de la oferta disponible se brinda en horarios muy acotados o poco aptos

para quienes desarrollan actividades laborales o de estudio. Los edificios públicos, como museos o edificios de la administración pública, no suelen ser evocados entre los lugares públicos de apropiación juvenil. Sería interesante ver qué ocurre en otras franjas etarias, pero está claro que para los jóvenes no son atractivos para el encuentro, además de que fijan horarios de visita que suelen superponerse, por ejemplo, a los escolares.

También la regulación del ocio y la desvalorización de las prácticas del tipo “estar sin nada que hacer”, “hablar de bueyes perdidos” o sentarse en la vereda a “tomar la fresca” disminuyen la predisposición de los jóvenes a estar en la calle o en la plaza sin ninguna actividad pautada. Este factor estaría rebajando además esta clase de conductas a una minoría de personas que no tienen todo su tiempo organizado y distribuido entre múltiples actividades, aquellos a los que el resto considerará “los vagos”.

Según sus testimonios, no es frecuente que los jóvenes se apropien del espacio público como ámbito de participación, salvo en los casos en los que lo utilizan como escenario de reclamos sociales (piquetes o marchas) o de manifestaciones culturales. No manejan el concepto de la plaza como centro de discusión, como ágora. Esa idea de plaza pareciera un ideal romántico de algunos adultos, sólo parcialmente creíble si “todo tiempo pasado fue mejor”. De día el espacio público es para los jóvenes un espacio de tránsito. La disminución de su uso se asemeja a la de los canales tradicionales de participación política. La misma noción de “lo público” ha quedado en desuso. Las nuevas generaciones no han aprendido esa idea de lo que puede ser utilizado por todos, de centro del todo social, salvo en los pocos casos en los que las familias se los han podido transmitir. En este otro sentido, también el Estado se ha ido retirando.

## El encuentro

Los chilenos Olga Segovia y Enrique Oviedo afirman que “la calidad del espacio público se podrá evaluar sobre todo por la intensidad y calidad de las relaciones sociales que facilita, por su capacidad de acoger y mezclar distintos grupos y comportamientos, y por su capacidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración cultural”. Por su propia tradición, los bonaerenses, y los argentinos en general, valoran los espacios de encuentro, aquellos que posibilitan el comentario o el intercambio con el otro. El argentino mantiene la cultura del hábito de divertirse y entretenerse con el vecino, el de comentar su vida cotidiana, e incluso, el de compartir preocupaciones personales con personas que no son de su intimidad. La costumbre se sostiene aun cuando los espacios públicos se reducen y crece la desconfianza y el miedo a la inseguridad. Esa capacidad de relacionarse fácilmente con el otro, de conversar con el desconocido sobre el cuadro de fútbol o sobre el clima, los problemas, las aspiraciones de progreso, las ideas y el acontecer cotidiano, es un rasgo propio de los latinoamericanos que debería ser apreciado, preservado y promovido, en tanto claramente se trata de una fortaleza para el Desarrollo Humano.

Un ejemplo que permite dar cuenta de la importancia que se le otorga al encuentro y que, además, permite señalar que no es un rasgo que todas las culturas compartan, es la existencia de *La Esquina latina*. Se trata de un portal de origen alemán ofrecido en lengua española, cuya presentación es la siguiente: “La Esquina en las comunidades latinas es el punto de encuentro, es el lugar en donde se reúnen para intercambiar ideas, experiencias y penas. Bajo este concepto nace este portal, para conformar y reunir a los latinos en esta esquina virtual de Internet” ([http://](http://www.esquinalatina.de)

[www.esquinalatina.de](http://www.esquinalatina.de)). Lo paradójico es que se haya constituido una sustitución de la verdadera esquina justamente en Internet, consintiendo que cada usuario se “acerque” a la esquina desde su soledad frente al monitor. Además, el portal probablemente esté dirigido a los latinos que emigraron de sus países de origen, pero que sienten nostalgia por esa práctica informal. Aún así, e independientemente de lo irracional del caso, el ejemplo permite demostrar la importancia que para los latinos tiene el espacio de encuentro.

En contraposición a lo anterior, el Cuadernillo *Sociabilidad y cultura juvenil*, de la Segunda Encuesta Nacional sobre Juventud de Chile, deja en evidencia que los jóvenes chilenos pasan la mayor cantidad de su tiempo libre en su casa o en la de sus amigos, que a pesar de que existen diferencias entre géneros, sigue siendo el lugar predilecto: “La privatización de los espacios de sociabilidad que revela el predominio de las reuniones en casa deja fuera lo aparentemente condenable. Esto lleva a encarnar en las prácticas juveniles la dicotomía entre un interior doméstico privado y bueno, contra un exterior amenazante y perverso: la casa y la calle. Se trata de dos realidades que para muchos resulta difícil conciliar. La calle y otros espacios públicos recogen y permiten observar una cultura juvenil donde se expresan los elementos marginales y diferenciados del modelo de integración social que parece predominar en el resto de la juventud. No es lo más típico de la juventud, pero sí conforma una masa significativa, presente y visible. La presencia y amplitud de estas conductas no autorizan a generalizar desde aquí a toda la juventud, pero sí se deben revisar con mayor detalle, porque están aquí para mostrar que no todo es integración en la vida de los jóvenes”.

En la Provincia de Buenos Aires esta conducta también es común entre los jóvenes. Pero en el otro extremo igualmen-

te se destacan grupos juveniles que voluntariamente salen en busca de lo diferente, de lo ajeno al hogar y sus alrededores. ¿Qué ocurre con el espacio urbano? ¿Es favorable a esa clase de encuentros, promueve el uso común de jóvenes de diversas procedencias? ¿Existen lugares en los que los jóvenes de diferentes clases se relacionen realmente? ¿Qué condiciones son necesarias para que el espacio público sea más utilizado por todas las clases sociales?

Según los testimonios de los propios jóvenes, extraídos de los talleres realizados en todas las regiones del territorio bonaerense, en ciudades intermedias o pequeñas los jóvenes se cruzan constantemente entre sí, pero los encuentros de intercambio son reducidos. Hay cruces en la calle, pero no hay interacción real entre jóvenes de diferentes sectores sociales o lugares de residencia, salvo en circunstancias extraordinarias. En el Conurbano, la ciudad se encuentra más fragmentada y los ámbitos de circulación de los jóvenes dependen fuertemente de su clase social, por lo que, salvo para actividades puntuales, los jóvenes de diferente extracción social se cruzan muy poco y se encuentran menos. Así como hay “juventudes”, también parecen haber “ciudades”. Incluso, jóvenes de un municipio relataron que a la peatonal la suelen llamar despectivamente “la negro-tonal”, dejando en claro las barreras simbólicas que se alzan entre grupos.

En ciudades grandes, en que las distancias a recorrer entre barrios son largas, el costo de los medios de transporte impide acceder a ciertas zonas a quienes no tienen ingresos suficientes. También así se restringe la circulación y el contacto con lo diferente. Agrava la situación el hecho de que, en algunas ciudades, los jóvenes prefieran caminar antes de usar bicicletas u otros medios similares por el miedo a sufrir robos.

La falta de convergencia de perso-

nas de diferentes clases sociales es atribuida por los jóvenes a diferentes causas. Por una parte, están quienes atribuyen el problema a la inseguridad: el miedo encapsula. Otros lo consideran una consecuencia del individualismo, que la mayoría adjudica a una supuesta política deliberada de los gobiernos: “no es casual, no conviene que muchos nos juntemos y digamos: bueno, hagamos algo”. Sin embargo, no parece haber ninguna propuesta de transformación concreta por parte de los jóvenes que pudiera llegar a ser temida aun por la mente más acosada de un adulto. Esto vuelve aún más infundada esta clase de versiones, que bien puede figurar en el poblado panteón de las teorías conspirativas que autojustifican la indolencia. Para otros grupos, la falta de tiempo libre limita las posibilidades de vivir la ciudad, lo cual no parece ser del todo creíble, en tanto tiempo es lo que sobra, excepto para los que estudian y trabajan.

También se explica que la escasa oferta de lugares adecuados produce encierro e indiferencia hacia lo externo. En el mismo sentido actúan, según otras opiniones, las nuevas tecnologías de comunicación, que provocan que algunos jóvenes tiendan a permanecer más en sus casas que el resto de sus congéneres. Por último, como ya se explicara, se señala que la brecha de desigualdad entre los jóvenes con más oportunidades de estudio o trabajo y los jóvenes más pobres se ensancha, y la polarización provoca falta de afinidad e interés en el encuentro. La automarginación recluye a unos y a otros en sus respectivos mundos y las identidades transversales pierden efectividad.

En general, las primeras dos razones han sido enfatizadas en el Conurbano y son acompañadas de una sensación de opresión y de impotencia para pensar cualquier tipo de iniciativa que no sea en escala macro: acabar con el neoliberalismo, atacar el individualismo, etc. Soluciones que en su mayoría son vinculadas exclusi-

vamente a lo estrictamente económico. Lo extraño es que muchas veces esta clase de explicaciones surgen de quienes tienen una participación social muy activa en su comunidad. La respuesta pareciera ser que no se puede cambiar nada porque no se puede cambiar todo, pero extrañamente dada por quienes se negarían de lleno a suscribir la concepción de que no se debe cambiar algo si no se quiere cambiar todo: claramente, la falta de propuestas reside en la dificultad de pensar respuestas locales para un tiempo global. Refuerza esto el que la academia, pretendiendo explicarle a los futuros profesionales “cómo funciona el mundo”, suele olvidar que también debería darles pinceles y colores para que al menos puedan pintar su aldea.

En el Conurbano, algunos jóvenes mencionan experiencias modelo vividas en ciudades pequeñas o en pueblos del interior. Para ellos, la forma de relacionarse entre vecinos es absolutamente diferente en esos lugares, pues permite que “se gestionen otras cosas” y que las personas estén al tanto de las actividades del conjunto, de las que ellos muchas veces no se enteran. Estos jóvenes anhelan la calle como lugar para permanecer y participar.

Concretamente a la noche, la falta de intercambio real entre jóvenes de diferentes extracciones socioeconómicas se recrea de la siguiente manera: quien tiene bajos recursos sale, para en la puerta de los boliches o en alguna esquina durante un rato, y vuelve a su casa. Quienes cuentan con recursos suficientes, se dividen por clase social: la bailanta para unos, la disco o el bar para otros. Las únicas actividades que convocan al conjunto y que permiten la interacción son las públicas. Tienen la ventaja de ser gratuitas y masivas, pero son esporádicas y no promueven necesariamente el diálogo ni el conocimiento mutuo.

Entre algunos jóvenes de clase media se presenta una confusión: creen que no es factible “abrir ventanas” entre los jó-

venes de diferentes clases, porque “ellos” –los jóvenes más pobres, en este caso– ni siquiera están interesados en acceder a lugares a los que asisten jóvenes de mayor nivel de ingresos. Seguramente no puedan romperse de un día para el otro las barreras simbólicas y físicas que se han erigido entre los grupos. Sin embargo, también es innegable que el hábito de la autoexclusión se refuerza a sí mismo. Quien se siente excluido y fuera de su territorio, acaba acostumbrándose a evitar aquello que lo excluye por el “sentido de los límites”. El estigma influye sobre la auto-imagen, y ésta delimita las prácticas posibles y el territorio apropiable. Así, se refuerza la inequidad.

En general, quienes fueron consultados no se oponen a la necesidad de conexión entre jóvenes de diferentes condiciones sociales. La mayoría tomó la idea como una propuesta ya fundamentada y acertada, salvo en algún caso en que se argumentó de la siguiente manera: “vos cortás las calles, se juntan todos, está re lindo, feliz domingo para la juventud, pero se agarran a piñas. Porque de lo poco que se ven, al hacer contacto salen chispas”.

Si se les pregunta qué razones o intereses tendrían para interactuar con jóvenes de otras clases sociales, en general no encuentran respuestas. No son comunes las instancias que los reúnen como pares, salvo en medios de transporte, en la cancha, en recitales, en viajes, en determinados trabajos o en algunos bares, principalmente los que no cobran entrada. En general no ven razones para estar juntos, salvo en plan de solidaridad o si es que se participa en política. Y en los pocos momentos en que están cerca, no tienen demasiada interrelación. Puede haber cruce, pero no encuentro. El mismo bar o recital no invita a la conversación y es una situación esporádica. Una respuesta que llama particularmente la atención, es la de una joven universitaria que, al preguntársele por las razones que podría llegar a tener para entrar en contacto con jóvenes

de otras clases sociales, su respuesta espontánea fue: “para los trabajos prácticos de la facultad”.

En definitiva, puede arribarse a la conclusión de que la falta de tiempo, el individualismo o las nuevas tecnologías de la comunicación no son impedimentos fundamentales para el intercambio. Más bien parecerían determinantes el vacío de espacios comunes, la carencia de ejemplos y experiencias personales en ese sentido y la falta de interés, además de la insuficiente conciencia acerca de que la coincidencia con el otro podría ser conveniente para todos.

Es preciso demostrar y hacer notar que el problema de la pobreza no se resuelve sin implicar en la solución a la riqueza, que la cohesión y la paz social no se alcanzan si los mundos de diferentes jóvenes corren por caminos paralelos u opuestos, y que no se adquieren capacidades personales nuevas si los contactos no se producen o sólo se generan para actividades solidarias o de recreación, en fin, “trabajos prácticos”. Por todo ello, el espacio público de uso común cumple una función esencial para la integración social de los jóvenes. De todos ellos. De los ricos, de los de clase media y de los pobres. Las barreras físicas y simbólicas obstruyen la comunicación entre grupos. En la mayoría de los casos no producen aislamiento individual, pero sí se contribuyen al aislamiento entre grupos, y por tanto obstaculiza la integración social.

## La noche

Uno de los temas que preocupa con frecuencia a los gobiernos municipales es el de los jóvenes y la noche. “La noche” ha pasado a ser un fenómeno incontrollable para funcionarios, familias, instituciones y vecinos en general. Durante el día, los jóvenes se mezclan con el resto de la

población y, en general, no se destacan como un conjunto diferenciado. Circulan por la ciudad haciendo uso de los mismos espacios y servicios que el resto de las personas. Sin embargo, por las noches comienzan a delinearse como un conjunto particular: se apropian de espacios que excluyen al resto de los grupos de edad y hacen de ellos un uso diferencial. Asimismo, se activan en la ciudad espacios que durante el día se encuentran vacíos.

Según algunas explicaciones, los jóvenes prefieren aquellos horarios o espacios a los que la mirada de los adultos no llega o lo hace con dificultad. En tal caso, la noche sería una opción interesante como ámbito no regulado por los mayores, quienes suelen recluirse en sus hogares para descansar. Esto les permitiría fijar normas propias, establecer códigos diferentes a los del mundo del trabajo o los de la familia, intentar relacionarse con otros jóvenes y saber que están fuera del control de padres, docentes o jefes. Así, la noche estaría asociada con la ausencia de regulaciones, y el horario de salidas tendría entonces que ser el más lejano de la presencia de los mayores, para poder sentir en libertad esa ausencia.

Por otro lado, a falta de lugares públicos adecuados para el encuentro, el uso del espacio se ha vuelto necesariamente de consumo y selección. Los espacios privados han sabido ofrecer una alternativa que desde lo público no se ha logrado. Poco atractivos resultan parques, veredas o plazas que a esas horas suelen ser oscuros, desolados, inseguros y expuestos a las condiciones climáticas. Sin embargo, los jóvenes deben pagar para acceder a los espacios privados de entretenimiento o de encuentro con los pares: bares, cines, boliches. Asimismo, deben elegir aquellos sitios en los que se los admita por no “desafiar la estética” del lugar.

Como consecuencia de ello, el uso nocturno de la ciudad también se segmenta y se dibujan recorridos según la clase

social de procedencia: quienes pueden pagar consumen en espacios privados, quienes no pueden hacerlo se juntan en las esquinas o se quedan en sus casas. Aún entre los jóvenes en los que la elección de actividad, el estilo o la preferencia podría ser similar, se construye un muro que separa según poder económico o barrio de residencia. Y aún realizando la misma actividad –escuchando la misma música, por ejemplo–, los jóvenes de diferentes estratos sociales no se encuentran porque existen locales para unos y locales para los otros. Los espacios tienen finalmente como común denominador solamente el poder de reservarse el derecho de admisión.

Por otro lado, la carencia de espacios adecuados y accesibles no sólo limita las actividades que los jóvenes pueden desarrollar. Además, los ubica muchas veces en oposición al resto de la comunidad. Se reúnen en las calles y se transforman en obstáculos para el peatón, ahuyentan la clientela de los dueños de locales cercanos a esas esquinas y, muchas veces, invaden la tranquilidad de los vecinos con su música o sus ruidos. De igual modo, suelen volverse potenciales generadores de conflictos por su uso indisciplinado de la infraestructura de servicios. Así, los jóvenes en el espacio público suelen ser una gran fuente de complicaciones para otros grupos. En algunos barrios, lo que inspira un grupo de jóvenes reunido en un espacio público es independiente de lo que realmente haga: el temor se ha instalado. Pero, a diferencia de otros grupos, no tienen opción para llevar a cabo actividades que les interesan en lugares públicos adecuados, y en muchos casos sus hogares no resultan apropiados para eso.

A la mayoría de los jóvenes consultados les preocupa especialmente la falta de espacios adecuados para las actividades nocturnas. Pareciera que es principalmente en ese momento de la jornada cuando las diferencias con otros grupos de edad

se acentúan, o cuando la oferta de espacios y servicios es especialmente insuficiente para ellos.

Para algunos adultos, la circulación de los jóvenes por la ciudad durante la noche es un hecho indeseable. Tanto los padres, como los vecinos en general, prefieren que los jóvenes se encuentren en lugares cerrados en los que se pueda tener certeza de que están protegidos y controlados en alguna medida. A algunos jóvenes les resulta interesante el hecho de circular de un lugar a otro, ir en busca de diferentes entretenimientos o atractivos, ver caras diferentes en distintos puntos de la ciudad. Otros prefieren llegar a un único lugar en el que se ofrezca algún tipo de entretenimiento, para instalarse tranquilamente el resto de la noche. Sin embargo, en las ciudades más grandes ocurre muchas veces que no puede constatarse que efectivamente el lugar ofrezca lo buscado hasta no acercarse al mismo: cada noche es diferente, puede haber gente o estar vacío, puede haber condiciones atractivas o no. Esto conduce a que, en ciudades en las que las ofertas nocturnas están dispersas, los jóvenes circulen en busca de un punto atractivo. Si hubiera un lugar propio con actividades programadas y oferta clara, probablemente se evitaría este deambular por la ciudad, que a veces provoca disturbios, otras accidentes, y en general produce temores.

Mario Margulis afirma que “existe la necesidad, la urgencia en los jóvenes por encontrar a sus pares, constituir agrupamientos, encontrar el espacio propicio para integrarse y diferenciarse, construir –aunque sea en el marco frívolo, fluctuante y transitorio de la noche– señales de identidad”. Si tal es la necesidad, es preciso entonces dar alternativas a las de la construcción de la identidad exclusivamente por medio del consumo en lo privado.

Muchas versiones valoran en exceso el abuso de los juegos en red y la teleadicción en sus explicaciones sobre la cre-

ciente reclusión. Es cierto que provocan encierro en niños y jóvenes, con los consecuentes problemas de desintegración social, sedentarismo y falta de ejercicio físico. Pero sería interesante conocer cuál es el peso que en ellos tiene la falta del uso del espacio público, su inadecuación o su deterioro. Podrían pensarse incluso la televisión y el uso de la Internet como modos de evadirse del encierro en la ciudad, como refugios del encapsulamiento, además de ser vistos como espacios libres de la autoridad adulta.

Por otro lado, como señala el colombiano Jesús Martín Barbero, “no hay que perder de vista otra cosa: las mayorías empobrecidas empiezan a tener una enorme dificultad económica para ir al cine, al fútbol, a los grandes espectáculos que en los años sesenta y setenta eran accesibles a la mayoría de la población, al menos, semanalmente. Esto hoy día se ha perdido en gran parte, y entonces la televisión termina siendo el único mediador cultural: es a través de ella que mucha gente puede ver cine, fútbol, y que puede pasear por la ciudad”.

La noche es sin dudas el momento en que los jóvenes se apropian de su ciudad. Pero a la vez es la circunstancia en la que se hacen más visibles para ellos las dificultades asociadas a la marginación y a la desigualdad. Es por ello que no debe ser simplemente encarada por los poderes públicos como un desorden a controlar, sino como otro ámbito en el que promover la integración social de los jóvenes.

## Seguridad y comunicación

Un lugar vacío, abandonado o en la penumbra, muchas veces es un espacio que se vuelve inseguro o que, al menos, provoca temor y consecuentemente abandono. A su vez, éste produce aislamiento, y nada es más auspicioso para un agresor

que las personas aisladas. El miedo y la percepción de inseguridad tienen en la Provincia de Buenos Aires una fuerte raíz en la experiencia personal. Ambos atentan contra el uso del espacio común. Pero también hay medios de comunicación que promueven esa percepción en toda la sociedad, provocando suspicacias entre los vecinos de un mismo barrio, sea cual sea el lugar en el que vivan o el grado de conocimiento mutuo que tengan. Por supuesto, hacia “el extraño” el sentimiento no se agota en la suspicacia, pues la desconfianza en ese caso alcanza el miedo.

Lucía Dammert afirma que en la Argentina, “la criminalidad se ha convertido en un problema centralmente urbano, principalmente porque la mayoría de la población está urbanizada. Debido a factores tan diversos como la composición étnica de la población y el énfasis que ponen los medios de comunicación masiva al presentar casos emblemáticos que ocurren en las principales ciudades del país, se ha establecido una inmediata e inconsciente relación entre ciudad, espacio público y criminalidad. Esta relación constante ha llevado a un abandono gradual de los espacios públicos y a una búsqueda de seguridad en nuevos tipos de urbanización. Paradójicamente, estas nuevas modalidades de desarrollo urbano no han servido para disminuir las tasas de delitos denunciados, sino para agudizar las diferencias entre territorios gobernados por el miedo a la criminalidad, y dejados de lado por las instituciones públicas de control, donde el abandono de los espacios públicos es prácticamente total y las redes de confianza entre vecinos se han resquebrajado. Estos territorios del miedo se presentan en las villas de emergencia, los centros históricos de las ciudades y los barrios de residencia de la clase media argentina. Por otro lado, los territorios de las clases más pudientes de la ciudad se definen también por el miedo de sus habitantes, expresados en el establecimiento

de seguridad privada, muros, vigilancia y desarrollo de nuevos espacios públicos en proyectos urbanos cerrados”.

Los jóvenes no están exentos de las preocupaciones de los demás ciudadanos en relación al uso del espacio urbano. Por eso la inseguridad ha sido un tema central durante los talleres realizados en los diferentes municipios de la Provincia para la elaboración del presente Informe. Aunque se los estima como los más osados, también los jóvenes otorgan prioridad a la seguridad a la hora de demandar transformaciones. A diferencia de la que inmoviliza a buena parte de los adultos, la inseguridad a la que temen los jóvenes está más vinculada a la parte física que a la de sus propiedades. Sin embargo, independientemente de la causa de su temor, la reacción acaba siendo la misma: la reclusión, el encapsulamiento y una circulación confinada a los espacios conocidos.

En lo que a seguridad se refiere, los jóvenes analizan su situación desde dos ejes complementarios: por una parte se asumen como potenciales víctimas de la inseguridad, y creen que están más expuestos que el resto a esta clase de incidentes, porque son quienes más se mueven por la ciudad; por otro lado, se suman a la apreciación tan difundida según la cual el grupo más asociado al ejercicio del delito es el de la juventud. Se consideran parte de un grupo difuso que es a la vez principal víctima y principal victimario, y por eso su relación con las fuerzas de seguridad suele ser ambigua.

Muchos de los jóvenes consultados han sufrido robos o hurtos. Sin embargo, también pueden notarse diferencias muy marcadas entre los del Conurbano y de grandes ciudades y los de las ciudades más pequeñas. Si bien la percepción de aumento de inseguridad es general, la experiencia concreta de verse involucrado en hechos de este tipo y el cambio de hábitos vinculado al miedo a la inseguridad influyen con mucha más fuerza sobre los pri-

meros que sobre los segundos.

En cuanto a su forma de moverse por la ciudad, los jóvenes del Conurbano parecen haber contraído posturas disímiles. Algunos han decidido tomar recaudos: no usar bicicletas, no circular sino hasta el amanecer, no andar solos, tomar remises en lugar de caminar o tomar colectivos, hacer rodeos... Otros asumen la postura del tipo “si me tiene que pasar, me va a pasar igual”, y prefieren no modificar demasiado sus hábitos en función de sus miedos. Sin embargo, todos los jóvenes consultados expresan la sensación de que la sociedad está “paranoica” por magnificar sus temores. Ello ocurre según ellos porque los medios de comunicación masiva se encargan de transmitirlo constantemente, agravando con sus mensajes la percepción de inseguridad. Un joven lo expresó claramente en un taller: “siempre que sale una noticia de Loma Hermosa es para decir que mataron a alguien. Hay un montón de actividades ahí en el barrio que nadie conoce, y esas cosas no las muestra nadie”.

La inseguridad produce mucha impotencia en los jóvenes. Atenta contra su libertad de movimiento por la ciudad, cuando son ellos quienes más lo valoran. Quienes residen en el Conurbano saben que en otras épocas no fue algo tan determinante y que en otras ciudades es más leve su impacto. Pero no creen tener capacidad para modificar la situación. Suponen que su contribución al aumento de la seguridad en los espacios no sería significativa. Todo lo que creen poder hacer es escaparse de hechos violentos o tratar de prevenir el verse involucrados en robos mediante precauciones elementales. La mayoría de ellos no cree que sus decisiones puedan tener incidencia en el cambio que desean, ya que consideran, nuevamente, que las modificaciones deberían ser estructurales –básicamente económicas, pero también de educación o de valores– y “de arriba ha-

cia abajo”. En este, como en otros aspectos, si los cambios no son totales, parecerían ser inútiles.

Es notable el hecho de que ciertos jóvenes no consideren las restricciones para circular por algunos lugares de su ciudad como una pérdida significativa. Aquello que nunca se tuvo no se echa de menos, argumentan. Usar las plazas de noche, por ejemplo, es impensable. La ciudad se va así recortando poco a poco, pero ni siquiera se registra esto como una privación, en tanto nunca se lo tuvo como opción. De todos modos, es evidente que quienes opinan de este modo cuentan con otras alternativas. Pero a la vez, para la mayor parte de los consultados hay lugares a los que los adultos no llegan porque tienen más temor que ellos a la inseguridad. Mientras que algunos jóvenes deambulan, los adultos se quedan más en sus hogares. Por eso éstos evalúan el exterior más en función de lo que ven en los noticieros que en base a su experiencia personal. También el horario de salida de los adultos es más acotado y está más pautado por obligaciones laborales y familiares. Los jóvenes opinan que manejan mejor los códigos del espacio público, saben mejor dónde pueden ir, por dónde circular, cómo entablar contactos y qué situaciones es preferible evitar.

La seguridad ciudadana es un bien que ha tomado un fuerte nivel de privatización. Los barrios más acomodados económicamente, puntualizan los jóvenes, han encontrado un paliativo para el problema de la inseguridad en la instalación de garitas de seguridad privada. Sin embargo, la seguridad pública no puede depender de los niveles de ingreso de los vecinos, como está ocurriendo. Además, arguyen algunos, esta clase de estrategias sólo desplaza el delito a los barrios vecinos, con lo que refuerzan el encierro. Otros barrios han establecido redes solidarias entre los vecinos: unos avisan a los otros de situaciones irregulares, se han puesto carteles

que anuncian la iniciativa y así logran ahuyentar algunos eventuales delitos. En general, esta iniciativa tiene entre los jóvenes una mejor acogida que la anterior, aunque se reconoce que, para quienes se benefician de ella, la seguridad privada ha resultado más efectiva.

De los relatos se desprende que las mujeres se mueven por la ciudad más reacias por el temor que los varones. En el Conurbano se sugiere también que las relaciones entre varones y mujeres se dificultan como consecuencia del temor a la inseguridad. Según un varón entrevistado, “las mujeres están muy agazapadas”. “Pedirles fuego” en una parada de colectivo provoca que huyan asustadas, al igual que ir con la cara parcialmente tapada detrás de una gorra o una bufanda. Las mujeres responden que la fuerza de los varones las hace sentir expuestas. Por eso, muchas veces se mantienen a la defensiva, caminando rápido o llevando protecciones que las hacen sentir amparadas. La inseguridad no sólo afecta la vida y las propiedades de las personas, sino que a la vez provoca privaciones cotidianas con efectos mucho más profundos en el tiempo: fragmenta la ciudad y por tanto las oportunidades de los más pobres, disminuye la sociabilidad entre vecinos y, por lo visto, hasta impide que por miedo algunas chicas puedan conocer al hombre de su vida.

Según algunos jóvenes del Conurbano, una mejor comunicación entre los vecinos aumentaría la seguridad en los barrios. Ellos juzgan como especialmente condenable la indiferencia o la inacción de algunos cuando presencian un ataque. Lo mismo ocurre con las alarmas que al sonar no despiertan la reacción de ciertos vecinos. Hay quien explica esa pasividad reconociendo que a veces resulta preferible hacerse el desentendido para evitar ataques o tener que ir a declarar luego ante la policía o la justicia. Según el peruano Hernán Neira, “la

indiferencia urbana es en parte consecuencia de la contracción de las virtudes ciudadanas a lo doméstico”.

En la noche, el uso de alcohol aumenta la sensación de inseguridad y limita los movimientos de los jóvenes. Prefieren no usar ciertos espacios, porque “se sabe que están tomados” por quienes se embriagan o se drogan. Así, el temor a la agresión de quienes pierden el control por abusos de alcohol o drogas también promueve el encapsulamiento en lo privado.

Las opiniones de los jóvenes sobre la inseguridad en la ciudad se limitan en la mayor parte de los casos a robos, asaltos, secuestros u homicidios. La sensación de vulnerabilidad ante estos hechos es notablemente mayor que la que muestran ante accidentes de tránsito. Sin embargo, éstos son una causa de muerte, lesiones y discapacidades mucho más frecuente entre los jóvenes que los homicidios. ¿Por qué genera mayor temor la violencia que los accidentes de tránsito? ¿Por qué los delitos modifican las conductas visiblemente más que los accidentes? Las respuestas señalan que los homicidios son golpes que “pegan más duro”. A la vez, erróneamente creen que los accidentes de tránsito dependen más de sus propias habilidades, que son más controlables por uno mismo. Indudablemente, también aquí resulta crucial el papel de los medios de comunicación.

Es alentador poder observar que en los grupos consultados no surgieron opiniones favorables a un agravamiento de los servicios represivos o una demanda de castigo, como sí se desprende de las posiciones de otros grupos frente a la amenaza de la inseguridad. Esto permite pensar en un avance contra la confusión del espacio público con “la esfera del poder coercitivo del Estado”, en contraposición a las libertades que habilitaría el espacio privado.

## Relación con la policía

Algunos grupos de jóvenes manifiestan tener mala relación con la policía. A veces reconocen que las culpas son compartidas, otras no. Hasta algunos llegan a opinar que una intención deliberada de las fuerzas de seguridad es desincentivar su circulación por la ciudad mediante continuos controles. La completa libertad de circulación acaba teniendo límites geográficos para algunos sectores y esto hace que prefieran recluirse en sus barrios. La gran mayoría de los jóvenes coincide en esta observación, independientemente de que se sientan o no parte del grupo “marcado”. Todos sostienen que el problema de ser vigilado por “portar cara” es habitual. En algunos municipios se evalúa que esta estigmatización se ha venido resolviendo, pero en otros, al contrario, se percibe como un problema que empeora día a día. Esta suerte de vuelta a la Edad Media, en la que la circulación se restringía únicamente a los territorios a los que se pertenecía, implica una fuerte pérdida en términos de ciudadanía.

Otros jóvenes afirman no haber tenido problemas con la policía, pero igualmente algunos de ellos sí la perciben como a un actor hostil, que no está para protegerlos sino para acotar su libertad. Parte de este grupo llega incluso a acusarla de someter a diario a los jóvenes a abusos y atropellos. Finalmente, a otros, la policía les provoca directamente miedo, tanto o más que los delincuentes; son principalmente mujeres. De todos modos, y a fin de ahondar en este tema, en la encuesta a jóvenes bonaerenses se pidió a los consultados que determinaran si los principales límites a su circulación provenían de la inseguridad o de la vigilancia. Solamente un 6% sostuvo que se siente más restringido por la vigilancia, si bien un 8% se inclinó por ambas fuentes.

Indagando más en el tema y pidiendo

do que expliquen las causas de su miedo, la mayoría llega a la conclusión de que se vincula al papel que la policía cumple a la noche en las zonas de boliches, y a los noticieros que producen el estereotipo del “policía corrupto”. Así, se extiende al conjunto de los agentes un atributo que se percibe excesivamente generalizado como para ser verdad. También en la relación con la policía hay diferencias entre ciudades: los jóvenes de ciudades más pequeñas suelen sentir menos distancia con los agentes de policía porque los conocen, saben dónde viven y conocen a sus familiares. Sin embargo, como se demostró en la encuesta, para ellos la policía interfiere en sus desplazamientos nocturnos por la ciudad más que en las grandes ciudades. Seguramente ello ocurre porque en las pequeñas ciudades no se percibe tanto el temor a la delincuencia, y por eso la presencia policial es vista en mayor medida como un estorbo innecesario.

Algunos jóvenes dicen que existen compromisos o arreglos entre comerciantes y policías. No se trataría en este caso de la seguridad privada, sino de policías en servicio, a veces fuera de horario de trabajo, otras no. Durante los talleres se relataron casos en los que, sin aparente causa, grupos de jóvenes artistas, por ejemplo, fueron “corridos” o “levantados” de espacios públicos. Quienes relataron esta clase de episodios los adjudican a la “portación de rostro” o a acuerdos con locales de esparcimiento privado que pierden clientes ante alternativas de esparcimiento público y gratuito. Según otra versión, algunos policías permitirían la existencia de ciertos boliches a los que podría ir “la resaca”, para evitar que moleste en los demás locales. También, de acuerdo a jóvenes entrevistados, durante el día existirían tratos para el control de la llegada de algunas familias a sus hogares, o para el cuidado especial de determinados locales que pagarían para una atención mayor. Independientemente de la veracidad de los

datos o de la cuantía de los casos de este tipo, la percepción de estos acuerdos existe y es fuente de temor y alteración de las formas de movimiento en el espacio. Pero no sólo es relevante el miedo que este tipo de percepciones genera entre los jóvenes, sino que también hay que asumirlo como un dato preocupante, porque la concepción de la institución policial al servicio al menos parcial de una actividad ilícita o injusta resulta un obstáculo esencial para la integración social.

En todo caso, cada vez que se trabajó en los talleres acerca de la relación entre juventud y policía, quedó de manifiesto un importante grado de desconocimiento de los propios derechos y, en algunos casos, un intenso temor al maltrato en caso de pretender hacerlos valer: “si te hacés el loco, si te hacés el que sabés, te llevan y te tratan peor”. Para evitar estos problemas, existe la alternativa de crear los “Observatorios de los Derechos de los Jóvenes”, que no se limitarían a la difusión de los derechos, sino que brindarían además un servicio de protección de derechos al que los jóvenes podrían acudir para informarse o pedir asistencia. Si se instalaran con sólido apoyo gubernamental, podrían servir también para mejorar la relación entre los jóvenes y las fuerzas de seguridad.

Según los relatos, la desconfianza hacia la policía se complementa con el descreimiento acerca de sus capacidades. Quienes se manifestaron en este sentido perciben que aquélla cumple insuficientemente con sus funciones a causa de lo que ellos juzgan su escasa aptitud. También otros reconocen que los mismos policías están restringidos en su accionar y que tienen que arriesgar sus vidas en condiciones desfavorables. Asimismo, en uno de los talleres se reconoció que la falta de reconocimiento social a las tareas que cumple la policía podría estar desincentivando su buen cumplimiento. Buena parte de la clase media despreciaría a los

agentes de policía, pero es finalmente la franja social que más busca su protección. ¿Cómo pretender que se expongan alegremente, arriesgando sus vidas, para proteger a un grupo social del que sólo reciben injurias? Por último, se destaca que el control de los recorridos por parte de la policía es positivo, en tanto sirve para la prevención y no para reprimir la entrada a ciertos lugares o la estadía en la calle o la vía pública.

En algunos casos, se hace manifiesta una contradicción que denota una forma de pensar simplista repetida en diversos temas: por un lado, se reclama seguridad y orden público, temas que preocupan al conjunto de la población y que deberían poder mejorar a corto plazo; pero por otro lado, no se está dispuesto a que la policía asuma mayor poder que el que ya tiene, ni que aumenten los controles en los espacios públicos. Ambas pretensiones resultan a simple vista contradictorias. La opción por el aumento de la seguridad presupone una limitación a la libertad, al menos en cierto sentido. Resulta difícil concebir un aumento en las medidas de seguridad sin un mayor despliegue policial o sin un mayor control sobre los movimientos y actos individuales. La decisión debe ser consciente y suficientemente madura como para advertir que los cambios influirían sobre el conjunto de los pobladores de una ciudad y no sólo sobre los “marcados” o los más pobres.

Siguiendo esta consigna, en la encuesta se preguntó a los jóvenes bonaerenses su preferencia entre una sociedad ordenada con limitación de algunas libertades u otra en la que se respeten todas las libertades aunque haya algún desorden. En este caso, el 51% escogió el primer enunciado, mientras que un 39% optó por el segundo. La pregunta no hace referencia directa al uso del espacio público, pero las respuestas bien pueden ser consideradas para el funcionamiento del mismo.

Para mejorar la relación entre jóvenes y policía se entiende que el trabajo conjunto entre representantes de unos y otros sería una buena medida, principalmente en el Conurbano. Allí la policía influye seriamente en la forma en que los jóvenes se mueven por la ciudad. El conocimiento mutuo y la asociación para tareas puntuales serviría para limar asperezas. Concretamente, pueden realizarse encuentros sobre temas tales como los estereotipos que manejan unos y otros, el consumo de alcohol en la vía pública o las responsabilidades de cada uno en el tránsito por la ciudad. También podrían utilizarse a las universidades para acercar a la policía y a los jóvenes de todos los estratos sociales, sean o no estudiantes. Indudablemente, la policía podría así ir demandando progresivamente de los jóvenes un mayor protagonismo en la prevención de los delitos. Pese a que se trata de un papel que muchos no estarían dispuestos a asumir —en la cultura vernácula “ser buchón” es ser indigno—, seguramente sería una de las mejores formas de constituirse en sujetos de iniciativas de integración social: nadie como ellos recorre la ciudad, se trata de una fortaleza que podría permitirles recibir a cambio una ciudad más segura y menos fraccionada.

## **Políticas orientadas al uso del espacio urbano**

El espacio no es una categoría preestablecida. La ciudad abierta a todos es un ideal, pero el derecho a la ciudad es una meta hacia la que debería tender la gestión pública local. Todos, independientemente de su edad, género o clase social, deberían poder apropiarse de la ciudad, disfrutar del derecho a transitar por ella, andar por sus barrios con libertad y sentirse parte de ella. Es una condición imprescindible para alcanzar la integración

social en otros aspectos de la vida de una comunidad. Es también una transformación que requiere de políticas específicas.

Algunos especialistas en el funcionamiento del espacio urbano sugieren que los gobiernos democráticos han tendido a dejar la conformación del espacio público librada al mercado. Por el contrario, los gobiernos de facto sí han utilizado su poder en los usos que se hace del espacio y han diseñado políticas *ad hoc*. En consecuencia y, lamentablemente, la regulación del espacio público mantiene una trayectoria más dirigida a ordenar sujetos que a ampliar su capacidad de acción.

En los últimos años, el espacio público de las grandes ciudades se ha transformado para el imaginario social en un campo de confrontación más que en un espacio de integración. En el mejor de los casos, se lo concibe como un sitio que cumple una función de pulmón o de “bocanada de aire” para una ciudad atiborrada. Además, suele no ser un lugar atractivo para todos los grupos.

En los pueblos o ciudades pequeñas, las veredas, las plazas o los edificios públicos se viven como espacios menos agresivos. De todos modos, también en estas localidades existen lugares excluyentes: el club de unos no es el club de los otros, y la “pica” entre las escuelas a veces es encarnizada. Son enfrentamientos que no tienen trascendencia para la integración social, que surgen porque las personas también producen su identidad por oposición mientras se cruzan en la calle, en la iglesia, en la municipalidad. En última instancia, esas peleas reflejan que existen reglas comunes, poderes en disputa dentro de un mismo juego al que todos pertenecen; no son dos juegos paralelos sin conexión alguna. Por otro lado, si bien en localidades pequeñas el espacio no es agresivo, muchas veces tampoco logra ser atractivo. Pero por ello mismo, igual que en las grandes urbes, en los pueblos los lugares públicos han perdido su capacidad

de atracción, de funcionar como una extensión de los hogares, como centro de la vida social.

No hay desaparición física de los espacios públicos, sino más bien abandono. En general, se ha sustituido su uso por el de nuevos espacios privados que permiten enfrentar mejor la inseguridad y que acotan el campo de las relaciones sociales: los espacios privados de uso común. De esta manera, el espacio privado suele ser altamente estimado por la mayor parte de la población, mientras que lo público es cada vez más rechazado o valorado negativamente.

Los jóvenes circulan por la ciudad con algunas dificultades semejantes a las de otros grupos y con algunas peculiaridades propias. El deterioro de los espacios públicos, la falta de iluminación por las noches o la inseguridad, son problemas que los asemejan a los demás grupos. Sin embargo, la relación con la policía o la falta de espacios de uso exclusivo que contrarresten su menor capacidad de acceso a espacios privados de consumo, son ejemplos de dificultades que los diferencian como conjunto.

La distribución de las oportunidades y de los servicios públicos está vinculada al poder social. Por ello resulta relevante preguntarse en qué medida pueden asumir los jóvenes que deben orientar sus demandas hacia el espacio público. A la larga, la pelea por lo público es la disputa por la movilidad social. En los barrios de más altos recursos, en los barrios en los que se concentra más poder, la infraestructura y los servicios públicos están más desarrollados o funcionan mejor. Por ello pelear por el espacio público es también pelear por la mejora de los barrios pobres, por la situación de sus vecinos, incluso por los espacios privados en esas zonas. ¿Son conscientes los jóvenes de esa posibilidad?

En los encuentros con ellos, la demanda de un espacio urbano más apto para el uso común no surge tan espontánea-

mente como los reclamos por trabajo o seguridad. Especialmente en virtud del espacio, los jóvenes no parecen haberse constituido como grupo de presión, como un colectivo con demandas propias, aunque sí logran articular demandas específicas si se los consulta expresamente. Una vez que se pregunta sobre los lugares de circulación y de encuentro, es inevitable que acaben reclamando medidas. “No tenemos a dónde ir” es la frase que cruza a todos los jóvenes consultados, independientemente de sus observaciones posteriores y sus determinaciones de clase, género o lugar de residencia. Algunos ponen en duda el hecho de que pueda demandarse un lugar de uso gestionado por el gobierno municipal. Sostienen que ninguna propuesta que provenga de organismos gubernamentales será acogida con agrado, pero esas ya son consideraciones posteriores. La demanda existe, y no por parecer poco urgente es menos válida para pensar políticas de promoción del Desarrollo Humano.

En el análisis técnico y político del uso del espacio público se mezcla la demanda de un lugar propio como necesidad y como deseo, con una idea de control social de la juventud. Por un lado, se reclaman espacios de expresión juvenil, pero, al mismo tiempo, se destaca la necesidad de establecer áreas para que los jóvenes no interfieran en las actividades del resto de la comunidad. De algún modo, se asume la idea del desorden público asociado a la juventud, la suposición de que “los jóvenes provocan constantemente disturbios en la vía pública”. Una minoría piensa que hay que dejarlos librados a que se junten donde quieran: “tal vez, quieran estar en las esquinas con dos grados bajo cero, aún sin tener ninguna propuesta de música o de actividad concreta”. Estos desincentivan la formulación de proyectos concernientes al uso de la ciudad y a la generación de espacios juveniles. En algunos casos, plantean

que las innovaciones son imposibles, en tanto el espacio urbano ya está constituido y tiene tradiciones y reglas de uso poco democráticas. La postura es errada: aún aquellos lugares con antiguas tradiciones son pasibles de transformación. Como en tantas otras cuestiones, la postura de sospecha y rebeldía sin causa suele asociarse a la de absoluto descreimiento de la posibilidad de planificar cambios. La mayoría piensa, en cambio, que sí habría que ofrecer espacios de encuentro, apropiados y exclusivos. Ambos grupos coinciden sin embargo en que, a la hora de diseñar espacios públicos, hay que consultar a los jóvenes como usuarios.

En las pequeñas y medianas ciudades, la demanda al respecto está orientada primordialmente a la creación de espacios de aglomeración de jóvenes, mientras que en el Conurbano y en las grandes ciudades del interior, se reclaman más bien espacios seguros, verdes, tranquilos y de uso libre. Los que residen en ciudades chicas reclaman también diversidad en los encuentros, ya que sienten que en ellas “siempre se encuentra a la misma gente”. Inclusive la búsqueda de pareja exige esa variedad. La pretensión de “nuevas caras” en los encuentros podría aprovecharse para estimular la integración. De hecho, este es un punto muy poco aprovechado por los gobiernos municipales de una misma región para establecer actividades conjuntas.

En ocasiones, los jóvenes se suman al uso de espacios que ofrecen instituciones tradicionales o pensados para personas de otros segmentos de edad. Sin embargo, la falta de lugares de uso exclusivo impide el desarrollo o la emergencia de actividades propias. El gobierno municipal podría garantizar la existencia de espacios y desvincularse de los mismos, a fin de permitir su apropiación por parte de los jóvenes, que tienen escasa vocación por los trámites pero a la vez demuestran tener gran disposición a la

realización de tareas solidarias. En esto resulta esencial que el gobierno local elimine trabas burocráticas: es impensable que un joven inicie un expediente o curse por nota un pedido de espacio cada vez que quiera reunirse, y además ello resultaría una forma más de segmentar el espacio común a favor de los de mayor nivel socioeconómico.

En definitiva, el problema del espacio público para los jóvenes es, en muchos casos, más un problema de uso que de infraestructura. Convendría que los espacios comunitarios fueran dúctiles, y que se eliminaran las barreras para su utilización. En ciertos casos, simplemente bastaría con revalorizar espacios existentes y modificar aquellos que podrían contener ofertas para los jóvenes, rescatando también áreas verdes que estén desaprovechadas. A veces, la simple ampliación de los horarios de funcionamiento o la exclusividad de una franja horaria para jóvenes puede ser un estímulo para el uso.

Un tema que produce aversiones entre jóvenes y entre ellos y los adultos, es el del horario de las salidas nocturnas. Deberían tomarse continuamente nuevas medidas al respecto. A tal fin, la apertura de lugares públicos con horarios más tempranos puede ser un incentivo. De todas formas, es un aspecto en el que es fundamental acordar decisiones con los propios jóvenes, en tanto ellos mismos suelen declarar sentirse perjudicados por los horarios establecidos, y paralelamente se oponen a que éstos sean controlados por las autoridades. En este tema particular, las acciones que pueda emprender el área de juventud municipal pueden resultar de suma utilidad, y existen antecedentes en el tema como los del Instituto Provincial de la Juventud de Mendoza, que ha llevado a cabo jornadas de reflexión sobre la diversión nocturna con padres y jóvenes.

Debería ampliarse la oferta de actividades gratuitas que contemplen la diversidad y la discontinuidad de las preferen-

cias de los jóvenes. En ese sentido, se propone que no se configure un único gran espacio que intente congrega a la totalidad de jóvenes de un determinado municipio, sino que se diseñen múltiples espacios con diversidad de criterio: espacios cerrados y abiertos, unos para el ejercicio de actividades ya pautadas y otros en los que pueda elegirse qué hacer y, en general, contemplando diversos tipos de gustos artísticos.

En ciudades intermedias o grandes hay que garantizar en cada barrio la oferta de espacios públicos de esparcimiento, incluyendo así una para quienes no frecuentan el centro de la ciudad por escasez de recursos. Además, resultaría una forma de promover la identidad barrial. En estos casos, una manera de ampliar el uso de espacios comunes podría ser a través de la habilitación de las explanadas que quedan vacías durante los fines de semana, y que en algunos casos provocan sensación de inseguridad al transeúnte. Un ejemplo de esta clase de espacios es el de los estacionamientos. El gobierno local podría acordar con los propietarios para proponerlos como lugares para montar ferias, para hacer deportes o para el despliegue de actividades culturales. Estos lugares permiten además una oferta de uso multifuncional en virtud de su tamaño.

Es común sentir durante la juventud el deseo de contar con un espacio propio, diferente al de la vivienda de los padres, en el cual poder ser dueño de establecer las propias normas, de “tener su propio lugar”. El vuelco hacia el exterior del hogar es natural. Sin embargo, a diferencia de otros grupos, los jóvenes no suelen ser titulares de inmuebles ni suelen tenerlos para su libre disposición, por eso tienen mayores dificultades para crear espacios propios. Pero a la vez suelen tener una gran disposición para arreglar y mantener espacios comunes, por lo que podrían hacerse cargo de inmuebles del

Estado cuando éstos se encuentran deteriorados y no hay recursos para mantenerlos. Como afirma Carolina Tkachuk, la posesión de una vivienda o un lugar propio puede ser concebida como un “instrumento emancipador por un lado, y de integración social a la ciudad, por otro”. El espacio propio no sólo habilita el desarrollo personal, también activa el sentimiento de pertenencia, el arraigo y, como ya se mencionó, es la condición necesaria para la generación de proyectos personales y grupales.

Por todo lo anterior, otra posibilidad sería promover la apertura de espacios polifuncionales como las Casas de la Juventud. En algunos Municipios de la Provincia de Buenos Aires han funcionado o están vigentes. Se trata de inmuebles designados total o parcialmente para el desarrollo de actividades juveniles. Como demuestran algunas de las experiencias, estos lugares deberían tener ciertas características que impidieran su transformación en salones de usos múltiples para toda la comunidad. Los jóvenes podrían prestar servicios a la comunidad desde la Casa, pero debería evitarse la apropiación del lugar por personas de otros segmentos de edad. Además, idealmente los inmuebles asignados deberían ser espacios nuevos, sin una historia o tradición de uso que limite la apropiación.

Por otro lado, la gestión de las Casas debería estar a cargo de los jóvenes, con una orientación, seguimiento y apoyo desde un equipo municipal que gradualmente fuera perdiendo peso. La figura del adulto referente es necesaria, pero los mismos jóvenes con más experiencia pueden ir sustituyéndola. Igual que el resto de la población, los jóvenes exigen orden y seguridad en los lugares que ocupan. Por eso, el modo en que se organicen estos espacios debería ser pautado y claro desde el inicio de su funcionamiento. Es posible que en sus inicios algunas de las Casas sean usadas para fines diferentes a

los planificados. No es algo tan relevante: debe darse por descontado un tiempo para el aprendizaje de su utilización, para la fijación de objetivos y el surgimiento de actividades acordes.

Así como existen los centros de jubilados, las Casas de la Juventud podrían instalarse como centros barriales en los que cualquier joven pudiera disponer de un espacio propio en el que desarrollar sus capacidades personales y sociales. Asimismo, estos centros deberían ser aptos para promover la conformación de proyectos generados por y para los mismos jóvenes y por los jóvenes para el resto de su comunidad. Hay quienes temen a la congregación de jóvenes en un espacio reducido. Nadie dudaría de la conveniencia de los centros de jubilados; allí se logra que las personas mayores se junten con sus pares, se conozcan, tengan actividades acordes a sus intereses, discutan, armen proyectos, creen una identidad de conjunto y se sientan parte de un barrio o de una ciudad. La idea de crear espacios exclusivos para jóvenes tampoco debería generar resquemores. Pocos de los jóvenes con buenas ideas, capacidad de acción o buenas intenciones son visibles para la comunidad. Y eso se debe en parte a que, como grupo, no tienen espacios en los que manifestarse y en los que juntarse entre pares para su mutuo fortalecimiento. La encuesta realizada en la Provincia arroja un dato significativo sobre el asunto: prácticamente la mitad de los jóvenes encuestados considera que si hubiera salones, parques u otros espacios públicos exclusivos para jóvenes, aumentaría su disposición a participar. También es sumamente importante el hecho de que la demanda de este tipo de espacios es muy superior entre los jóvenes de bajo nivel socioeconómico.

Las principales condiciones que los jóvenes consideran que debería tener un lugar ideal de encuentro son: música, juegos, seguridad, oferta de distintos talleres,

algún sector cerrado y calefaccionado para el invierno, y estar permitido el consumo de alcohol (se debe tener en cuenta que los jóvenes que han sido considerados para este estudio son mayores de 18 años). Ni más ni menos que los espacios para adultos. Estar abierto todos los días, tener un horario de funcionamiento acorde a sus preferencias, ser informales (diferentes a los ámbitos educativos), contar con cocina y salas disponibles para diferentes tipos de actividades. Además, debe ser gratuito, incluir un espacio verde y estar disponible para que cada uno pudiera hacer lo que quisiera, es decir, tener capacidad para ser un lugar de expresión espontánea que no limite las iniciativas grupales. Y, principalmente en las ciudades más pequeñas, debería ser “un lugar en el que valga la pena quedarse porque siempre pase algo”.

Existen instalaciones comunitarias que fácilmente cumplen estos requisitos, tales como ciertos clubes o dependencias municipales. Pero su funcionamiento suele acotarse a los horarios diurnos, a los estrictos criterios administrativos. Con muy escasa inversión podría extenderse su oferta para todos los jóvenes, y eventualmente podrían obtenerse a cambio contraprestaciones por parte de los propios beneficiarios.

Entre las propuestas que los tienen como actores, se sugirió la idea de que los jóvenes funcionen como detectores de problemas en el espacio público y como un sistema de alerta temprana sobre el funcionamiento de los servicios públicos. Así se enfrentaría la concepción de ese espacio como aquello que no es de nadie y se mejorarían sus condiciones. El geógrafo valenciano Josep Vicent Boira Maiques recuerda que, además de un derecho de los administrados y un modo de profundizar el funcionamiento de la democracia, la participación “debería resultar un trámite de obligatorio cumplimiento – como lo es el estudio de impacto ambien-

tal para determinados proyectos urbanísticos–, porque facilita a los técnicos una gran cantidad de información –de alta calidad, por cierto–, sobre el espacio a ordenar, a planificar, a construir o reconstruir”. También ello podría combinarse con una iniciativa para que los propios jóvenes puedan hacer exposiciones en las escuelas para difundir información sobre los derechos en el espacio público. Según algunas opiniones, lo que pudieran exponer sería acogido de manera diferente a la información que brindan los adultos, quienes suelen tener otras visiones sobre la circulación por la ciudad.

Entre las experiencias concretas que evalúan y mencionan por su éxito, están la transformación en peatonal de una calle durante todo el verano, el fomento de “mateadas” en la plaza principal, los festivales de bandas musicales locales en lugares públicos y el reciclado de espacios para usos comunitarios.

## Un desafío para el gobierno local

Frecuentemente se habla de la “globalización” como de un fenómeno que acota las posibilidades de desempeño de las funciones del Estado. Sin embargo, suele dejarse de lado en su consideración que muchas de las funciones del gobierno local pueden ser recreadas en la medida en que se reformulen con el conjunto de la comunidad. La regulación del espacio urbano es claramente una de ellas.

El centro de las ciudades tiende a dejar de ser el espacio de la vida comunitaria para ubicarse en los barrios. La ciudad completa ha pasado a ser una escala de ejecución demasiado grande para las políticas municipales, ya que crecientemente resulta difícil identificar a los pobladores. En los centros se mezclan quie-

nes allí residen con quienes están de paso o quienes trabajan allí pero viven en otros sitios. Los barrios, en cambio, sí limitan el espacio a una dimensión conveniente para las políticas de gestión urbana.

El barrio hace posible identificar e involucrar a los verdaderos residentes del lugar; es el territorio de pertenencia y de los vínculos no programados entre vecinos. Por eso, idealmente el ejecutor de las políticas orientadas al uso del espacio debería ser el gobierno municipal. Algunos barrios “se sienten barrios”, en otros hay “embriones de comunidad”, y otros no se destacan por su capacidad de congregación. El municipio debería promover esos embriones, detectarlos, otorgarles un lugar y apoyar su gestación. Pues, para que un espacio funcione como integrador, es necesario que cobre vida a través de la apropiación de los vecinos para el desarrollo de actividades colectivas.

La ampliación del espacio de encuentro podría promoverse desde un área en particular, como en el caso de las Defensorías del Espacio Público. Sería deseable, sin embargo, que intervinieran la mayor cantidad de sectores posibles, organizaciones comunitarias o ciudadanos comunes, a fin de asegurar la diversidad de iniciativas de formas, funciones y usos del espacio urbano. De hecho, esto ya ocurre en muchos municipios. Simplemente es cuestión de coordinar actividades de fortalecimiento.

Probablemente desde algunas visiones no se conciba el mejoramiento de los espacios de uso común como una prioridad en el contexto actual de pobreza y marginalidad. Sin embargo, el espacio público no es útil únicamente como espacio de circulación, recreación, de contacto con el verde o de esparcimiento. Las capacidades del espacio público para distribuir oportunidades y crear el sentido de identidad común, ya han sido analizadas y no deberían ser subestimadas. Por otro lado, ya no es necesario justificar la urgencia

por achicar la brecha de la desigualdad social. Tampoco debería entenderse la política orientada al uso de espacios urbanos como un modo de ordenar o mantener bajo vigilancia a ciertos grupos en el territorio. En ese sentido, es importante que puedan ser apropiados realmente por los jóvenes, que el Municipio apoye fijando normas, pero sin cerrar las puertas a la creatividad en el uso. La participación de muchos nunca será completamente armónica, pero la conversión de transeúntes en ocupantes del espacio público bien merece el vaivén.

La ciudad es construida y diseñada por adultos. La idea que éstos tienen del joven incide entonces en los lugares que les asignan dentro de la misma. ¿Podrían los jóvenes hacer aportes al diseño de las ciudades? En primera instancia, habría que promover la demanda sobre el espacio público. La consulta respecto a las formas y el uso deseable de los mismos es una vía para lograr que se involucren en el tema.

En segundo lugar, habría que diseñar propuestas de uso y hacerlas visibles. La mayoría de los proyectos de mejora del espacio público están orientados a su dimensión física, es decir, a crear más o mejores áreas en las ciudades. La dimensión del uso del espacio público, su gestión y animación, no suele ser frecuentemente promovida por los gobiernos locales. En algunas ciudades se han erigido diversas organizaciones de la sociedad civil que han tomado el tema a su cargo: por ejemplo, grupos de artistas plásticos, teatros comunitarios, incluso grupos privados que ofrecen clases gratuitas de actividades deportivas. En general, lo hacen con insuficientes recursos y poca capacidad de articulación entre sí. La circulación o el estacionamiento de los vehículos en los centros de las ciudades sí es un tema de regulación, pero poco se hace por la circulación y el “estacionamiento” de las personas en la ciudad. En este punto, los jóvenes tienen un gran aporte que hacer,

pues algunos de ellos son muy creativos y capaces de producir fuertes impactos. Además, en ciudades saturadas o en espacios altamente urbanizados, las iniciativas de mejora de la animación son infinitamente más baratas, rápidas y viables que la creación de nuevos espacios.

Por lo demás, concebir al uso del espacio como una vía de integración social permite ampliar las estrategias encaminadas a los jóvenes que no estudian ni trabajan, que no participan en ninguna organización y que, por el momento, no hay esperanzas de que lo puedan hacer. Para quien trabaja en las calles, es un claro emergente el hecho de que hay un sector de jóvenes que no pueden ingresar fácilmente a instituciones, o que al menos no pueden hacerlo inicialmente. Ya no están trabajando, ni están en clubes, están en sus casas, en esquinas, en plazas, solos o en grupitos, y no están preparados para incorporarse ni a las universidades, ni al trabajo, ni a centros comunitarios. En esos casos, las instituciones deben trabajar extramuros, empezar por salir a buscarlos, pues difícilmente ellos se acerquen. Con algunos de estos jóvenes es necesario empezar por trabajar en provocarles que se fijen alguna meta que otorgue significado a su vida cotidiana. Algunas políticas ofrecen actividades concretas a los jóvenes con el afán de que se sumen a ellas, pero no tienen en cuenta que hay quienes no alcanzan siquiera a sentir que la vida vale la pena. Esos jóvenes no pueden concebir la vida como carrera, viven en un presente detenido y carente de esperanzas. A veces cuentan con el “estímulo” de evitar parecerse a sus padres, cuando los consideran fracasados en tanto modelos. El trabajo con ellos debería empezar por integrarlos a partir de los lugares que ocupan actualmente y de las actividades que ya hacen (“estar” es a veces toda una actividad), valorizándolas para poder después hacer más complejas sus ocupaciones. Por eso, la ciudad no debe-

ría serles –también– hostil. Esos jóvenes deberían poder encontrar sitios más saludables de los que sentirse parte.

Hay una variada gama de experiencias de ampliación o recuperación del espacio comunitario, generadas desde diferentes ámbitos. Éstas estarían contrariando las “tendencias de hermética urbana propuestas por el shopping”. A continuación, se hace una breve descripción de algunas de ellas.

La Municipalidad de Necochea ha lanzado un Proyecto Recuperación de Plazas en los barrios desde su Dirección de Juventud. Los mismos jóvenes son protagonistas y responsables de la ejecución del proyecto. Para eso, han relevado las dimensiones de las plazas en diferentes barrios, su cercanía respecto a otras y la necesidad de los vecinos en cuanto a la utilidad que desean darle. La idea es reforzar los vínculos que unen a los vecinos, regenerar el tejido que unió en algún momento a la sociedad y al Estado municipal, fomentando la participación y el compromiso ciudadano, y fortaleciendo los sentimientos de identidad y pertenencia a la ciudad. Para eso, el acondicionamiento del espacio geográfico destinado a cumplir la función de plazas es indispensable. Pero el proyecto excede esa instancia y se ha propuesto que los vecinos se apropien de un espacio público, que será fuente de diversos acontecimientos de índole cultural, deportiva o recreativa. Para ello, la Dirección de Juventud ha concertado con las diferentes direcciones de la Municipalidad la preparación de eventos a desarrollar en dichos espacios.

En el mismo sentido, el Taller Libre de Proyecto Social, iniciativa del Centro de Estudiantes de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires y el Movimiento de Desocupados de la Corriente Clasista y Combativa del Partido de La Matanza, han llevado a cabo un proyecto para las plazas de dicho municipio, surgido a

raíz de una demanda del Movimiento. Se propuso la realización, la recuperación y la reparación de espacios públicos de recreación en más de 110 barrios, destinando a tal fin las tareas de contraprestación que realizaban beneficiarios del Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados, y articulando éstas al trabajo del Taller. Bajo la coordinación de profesores de las carreras de Arquitectura, Diseño del Paisaje y Diseño Industrial, 32 alumnos y 8 docentes trabajaron con sectores sociales que habitualmente están lejos de los temas que aborda la Universidad, replantearon sus herramientas y su lenguaje específico para ponerlos al servicio de un trabajo común, y compartieron creativamente las decisiones de diseño. Los 60 responsables de plaza que se eligieron por barrio realizaron relevamientos y planos con la orientación de los integrantes del taller. Luego se hicieron estudios sobre las características del Área Metropolitana y sus espacios sociales, las características ambientales, urbanas y sociales del Partido de La Matanza, las necesidades sociales de recreación y su concreción pública y gratuita, las necesidades naturales y paisajísticas de los barrios, las condiciones de infraestructura necesaria, el equipamiento necesario para la recreación, el deporte y la cultura, la creación de emprendimientos productivos para la realización de elementos para la construcción y mantenimiento de las plazas (veredas, mamposterías, etc.), así como para su equipamiento. Todo ello se puso en común y en discusión con los dirigentes y técnicos del Movimiento, así como con los delegados de barrio. Posteriormente, se organizaron talleres en una escuela, de los que se desprendieron propuestas para 19 plazas.

Iniciativas de Teatro Comunitario se han venido desarrollando en algunos barrios y ciudades: “es un teatro que no está en el teatro, está en la calle, en las plazas, en las rutas, en carromatos, en tablados, en estaciones de trenes”. Entre los cada

vez más numerosos grupos que se han conformado, puede mencionarse el grupo *Los Dardos de Rocha*, que intenta rescatar las memorias de la ciudad a través de un espectáculo itinerante que recorre las distintas plazas de la ciudad de La Plata, y en el que trabajan vecinos y no actores profesionales. También se destaca el grupo de la ciudad de Patricios, Partido de Nueve de Julio, *Patricios Unidos de Pie*. Este grupo ha tomado asiento en la antigua estación de tren. Este pueblo, que llegó a tener 5.800 residentes, pero en el que actualmente habitan 700 personas, se ha movilizado en torno a una actividad que permite generar un espacio de encuentro en la que “los vecinos se relacionan desde un lugar diferente”. Quienes forman el teatro comunitario de Patricios valoran la utilidad de esta vía como modo de comunicarse con otros vecinos, con quienes viven “no más allá que de un tiro de piedra”. Su finalidad es “la recuperación de la memoria, de la historia lugareña, de la condición de vecinos; estimular la identidad, la pertenencia y la comunicación” a través de un proyecto colectivo. Desde el grupo de teatro se sostiene que la creación del mismo ha permitido que los vecinos recuperaran su arraigo al lugar y su capacidad de acción. Inclusive, a partir de la puesta en marcha de la obra, se han desencadenado otros proyectos complementarios, como la preparación de infraestructura para acoger el turismo cultural que se ha generado. Por otro lado, las representaciones han llevado a algunos jóvenes a comunicarse de otro modo con los adultos de su comunidad, a salir de su ciudad o a ser contratados para un trabajo por primera vez en sus vidas.

También en el Partido de Castelli se presenta en Semana Santa la obra “Jesús el Camino”, en la que actúan diferentes vecinos de diversas edades. Representa un hecho inédito en la localidad, por la cantidad de participantes, por su repercusión regional y en los medios masivos de comunicación na-

cionales, y por el hecho de que se celebra en un espacio cercano a la Laguna que durante el año estaba subutilizado.

El Instituto para el Desarrollo de la Democracia Participativa (IDEPA) y la Jefatura de Juventud de la Municipalidad de Puán llevaron a cabo en el mes de agosto un seminario-taller denominado “El Municipio, los jóvenes y la participación local: oportunidades y desafíos”. Los participantes del mismo hicieron un diagnóstico sobre la situación de la juventud en su Partido y diseñaron proyectos a llevar a cabo en el corto plazo. Es interesante observar que, aquí también, los tres problemas sobre los que se planificó están vinculados al uso del espacio urbano. Los jóvenes de Darregueira detectaron como principal problema que “la basura es puesta por los vecinos fuera de lugar” y propusieron actividades informativas sobre los efectos que provocan la basura y la falta de limpieza en la ciudad. Los asistentes de Puán señalaron que la participación de los jóvenes en actividades deportivas y recreativas es baja, que trae como principales consecuencias que “los jóvenes vaguen todo el día en la calle”, y que se produce “encierro en los Cyber para ocupar tiempo libre”. Por último, los de Villa Iris-San Germán definieron como principal problema el que “los espacios de diversión no contienen a los jóvenes”. Esto provoca que salgan “a divertirse en otras localidades de la zona, generando a su vez preocupación en los familiares y que el capital no queda en el pueblo”. A fin de modificar esta situación se han comprometido a “hacer una tertulia (baile) en el Salón Cultural de Villa Iris y en el local de la Juventud Agraria de San Germán para 150 a 200 personas”. Por otro lado, desde la Municipalidad de Puán se ha promovido la conformación de la Casa de la Creatividad en un vagón de tren que ha sido recuperado y apropiado por los jóvenes del lugar.

Respecto a la relación con las fuer-

zas de seguridad, corresponde mencionar casos como los encuentros denominados “La Policía y los Jóvenes”, realizado en Ituzaingó entre las autoridades locales y policiales y los alumnos del Polimodal. Allí, intercambiaron conceptos y realidades en torno a la relación que existe hoy entre la Policía y los jóvenes. A través de estas reuniones, se procura “lograr un buen acercamiento entre los jóvenes del distrito y la Policía para continuar mejorando la relación y la comunicación con la comunidad”.

También existen experiencias orientadas a relevar actitudes, preferencias y expectativas de la comunidad respecto a su forma y sus posibilidades de animación y de uso. En ese sentido, puede mencionarse la experiencia de “La ciudad, cuadra por cuadra”, un programa del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. El “Proyecto Promotores Ambientales” es también un buen ejemplo de una práctica que podría replicarse en otras ciudades, teniendo a los jóvenes como sus principales ejecutores. No sólo podrían prestar el servicio de informar acerca del mal uso del espacio público, sino que la derivación de las demandas a las diferentes áreas de gobierno les permitiría entrenarse en la función pública.

Una iniciativa juvenil que se vale de la Internet para movilizar la organización a nivel local es “Reclama las Calles”. Se trata de un movimiento global que nació en Inglaterra en 1991 como modo de protesta contra el desplazamiento de la vida hacia los espacios privados. Miles de personas son convocadas a participar de fiestas en espacios públicos con el objeto de recuperar la vida en esos lugares: “las plazas están siendo privatizadas y las calles ensanchadas a necesidad de los coches particulares. No se trata sólo de que el coche sea un medio de transporte caro, privado, ruidoso, contaminante y con capacidad para matar, sino que, además, la circulación de vehículos es la justifica-

ción para que el espacio urbano quede imposibilitado para el juego, el paseo, la fiesta, el arte o, simplemente, para estar en la calle. Es “natural” que la calle sea para los coches y que no pueda ser para nada más”. Según se declara en su página web [www.reclamalascalles.cjb.net](http://www.reclamalascalles.cjb.net), “la esencia de la fiesta, el cara a cara, el grupo de amigos y amigas, tanto si son decenas como miles, que aúnan sus esfuerzos en un intercambio de riquezas desmercantilizado para el puro circular de la alegría a través de la comida y la bebida, la música y el baile, la conversación o el arte, en la actualidad, se puede considerar uno de los actos más revolucionarios”. A mediados de diciembre del 2004 se llevó a cabo en la ciudad de Buenos Aires el primer evento local en la Plaza

Lavalle, con manifestaciones de cultura callejera que fueron desde el ya clásico malabarismo hasta la muestra informal de arte plástica.

Evidentemente, no se trata de experiencias que signifiquen una solución para problemas estructurales, como los de la pobreza o el desempleo, pero sí pueden ser una alternativa para mejorar la integración social de toda una población, condición que suele favorecer la resolución de los problemas de pobreza y marginación social. Si bien la renovación del uso de lo público requiere tiempo, no son necesarios gastos descomunales ni inventivas fuera de serie. Una mejor utilización de tal espacio puede ser promovida, y los mismos jóvenes pueden ser actores fundamentales en esa transformación.

## ADOLESCENCIA, JUVENTUD Y ESPACIO PÚBLICO

*Arq. Carlos del Franco*  
*Arq. Guillermo García Fahler*  
*Arq. Julio Ladizesky*  
*Arq. Mario Rub*

*Grupo Promotor para la Gestión del Espacio Público*

El presente trabajo desarrolla, desde una visión urbanística–arquitectónica, aspectos vinculados con las posibilidades de encuentro e intercambio entre las personas, que condicionan las posibilidades de mejorar la integración social de los jóvenes. En particular, el supuesto que lo inspira está incluido en el presente Informe: “las condiciones ne-

cesarias para que el espacio funcione como lugar de integración están parcialmente supeditadas a sus características físicas.”

Adolescentes y jóvenes constituyen potencialmente una fuente de energía y creatividad sumamente valiosas para la comunidad. Su integración al contexto social, en oposición a quienes prefieren verlos mar-

ginados por su tendencia a perturbar el silencio de los vecindarios, debe ser vista como imprescindible. Se trata de un período clave en la formación de los futuros adultos. La cuestión es compatibilizar los procesos naturales de constitución de la personalidad con la maduración gradual de su conciencia de pertenecer a un conjunto social.

## El espacio comunitario

La ciudad es un espacio constituido por los seres humanos, impulsados por su instinto gregario y por las necesidades del trabajo y la seguridad colectiva. Resulta claro que los valores que se vuelcan en la concepción del espacio público surgen de otros valores, más profundos, que definen el tipo de sociedad que se intenta construir. ¿Es lo mismo una plaza diseñada para la contemplación y el descanso que otra pensada para promover las actividades colectivas? No corresponde polemizar acerca de esas propuestas en términos de verdad o error, sino como expresión del disenso que se establece en toda sociedad sobre las formas de convivencia según la visión de cada sector socioeconómico.

No hay integración social sin espacio público. Las relaciones comunitarias se establecen mayoritariamente fuera del espacio privado, por lo que desarrollar la comunidad y configurar su espacio barrial son tareas indivisibles. Las políticas comunitarias y las de desarrollo urbano son dos caras de una misma moneda. Un espacio público proyectado para la integración social, si carece del apoyo de políticas activas, resultará débil y propenso al abandono, o a ser copado por la violencia. Cuando la vida comunitaria no es estimulada, el espacio público se degrada y queda abandonado a su suerte.

Diversos sitios urbanos tienen vocación de promover los vínculos sociales: las veredas, sus esquinas, las plazas, los patios vecinales, ciertos equipamientos colectivos como la escuela secundaria,

clubes, casas de la juventud, centros vecinales y hasta los cafés y los boliches. Pero de todos ellos, la plaza es el corazón, el foco de la centralidad barrial. Por otra parte, constituye un escenario de gran eficacia para la acción política. Su alto nivel de exposición y la concentración de sus actividades valorizan la acción municipal y simplifican los problemas de seguridad que plantean los grupos violentos que, aunque fuertemente minoritarios, problematizan el uso general del espacio público.

Desde el punto de vista urbanístico, lo adecuado sería intensificar las actividades colectivas en el centro barrial. Las centralidades fuertes tienden a vincular a los jóvenes con la comunidad y ejercen un efecto disuasorio sobre su tendencia a emigrar del barrio, en el caso del Conurbano, o de las poblaciones, en el caso de las ciudades pequeñas y los pueblos. Pero en la actualidad la integración social se ve limitada debido al estado de pobreza en que vive un gran sector de la población provincial, con altos porcentajes de indigencia y desempleo. Aunque estamos en un proceso de reversión, es seguro que a nivel social el tiempo de crisis será prolongado. Mientras tanto, la dura realidad genera en los sectores sumergidos un sentimiento de discriminación, alimentado por el temor a no encontrar salidas dignas para una supervivencia.

Los sectores carenciados tienen grandes dificultades para su integración comunitaria. Recíprocamente, los sectores medios y altos tienden a replegarse dentro de espacios cercados y vigilados, por la sensación de peligro que sienten respecto del espacio público exterior. La fragmentación socioeconó-

mica y la fragmentación espacial son lo mismo.

Mientras esta situación permanezca, la acción política sobre el espacio público deberá manejarse en un delicado equilibrio, organizando la vida colectiva en espacios pensados y gestionados para ser seguros y confiables.

En el caso de la juventud y su tendencia al apartamiento, no debemos confundir entre la necesidad de privacidad que experimentan naturalmente los adolescentes y jóvenes y la actitud de ocultamiento que surge del temor a la violencia y a la represión, de las cuales los jóvenes son frecuentemente actores o víctimas. No se trata de ofrecer escondites. Los jóvenes deben tener su lugar propio, pero dentro del espacio comunitario, en cuyas actividades habrán de asumir un papel socialmente reconocido. El gran objetivo es que desde la posesión de sus propios lugares se sientan miembros de la comunidad. En esta tesitura, sería muy positivo que pudieran disponer de un presupuesto participativo para sostener sus actividades.

## La plaza como centro comunitario

Se ha señalado que comunidad y espacio colectivo constituyen un organismo único. Numerosas acciones urbanas han fracasado por implementar soluciones parciales para problemas sectoriales, sin considerar su inserción en el contexto.

La cuestión principal radica en el reforzamiento de la centralidad barrial, es decir, la consolidación de los sitios más representativos del

lugar, que históricamente han funcionado como lugares de referencia en la memoria colectiva de sus habitantes.

Casi siempre este lugar lo ocupa la plaza, particularmente en los pueblos y ciudades menores. En las ciudades medianas y grandes y en los agrupamientos del Conurbano se encontrará más de una plaza, pero también existe más de un barrio. La plaza fundacional será, seguramente, la más convocante pero la menos transformable. También pueden considerarse otras plazas menos históricas si están convenientemente ubicadas. Habrá que analizar cada caso de acuerdo con la opinión ciudadana.

Cuando nos referimos al concepto de plaza incluimos no sólo el área delimitada por sus calles perimetrales, sino también las veredas frentistas con todos sus equipamientos. Es interesante la posibilidad de recuperar alguna de esas fincas para sumarlas al espacio común, así como considerar la ampliación de las esquinas frentistas para equiparlas como puntos de reunión. Puede resultar particularmente valiosa la peatonalización, permanente o transitoria de una o más de sus calles perimetrales. En este ámbito deben instalarse los lugares necesarios para las actividades comunitarias, entre ellas las de adolescentes y jóvenes, en conexión con los espacios de uso general hacia los que pueden desbordar con sus convocatorias. Los jóvenes son especialmente afectos a la organización de actividades puntuales (certámenes deportivos, recitales, acciones solidarias o reuniones políticas).

Punto de convergencia de la vida colectiva, este nuevo tipo de plaza se puede asimilar a la noción

de Centro Comunitario. En las ciudades satélites europeas, construidas para organizar los conurbanos de las grandes ciudades después de la destrucción de la segunda guerra mundial, el Centro Comunitario es una pieza fundamental. Entre otras funciones, contiene lugares exclusivos para adolescentes, jóvenes y ancianos, talleres, bibliotecas, espacios multiuso, áreas de juego y deportes. No estamos en el primer mundo, pero constituimos una población particularmente social y en la mayor parte de la Provincia disponemos de un clima benigno que permite, durante la mayor parte del año, un desarrollo pleno de las actividades al exterior.

Dotando a la plaza, incluido su entorno, de dos construcciones cubiertas de bajo costo (Centro de jóvenes y Centro de mayores), con baños públicos para uso del conjunto, reorganizando el sector central para incluir un playón deportivo, pavimentando un área seca para reuniones y usos comunitarios con accesibilidad desde la calle principal, con buffet, pérgola, sillas, mesas y sombrillas, y reorganizando el área verde en forma perimetral para proteger acústicamente los edificios frentistas, estamos perfilando la imagen de una "Plaza-Centro Comunitario" que llamaremos P-CC.

La concentración de las actividades en la P-CC permite racionalizar los gastos de iluminación y seguridad. Esta circunstancia posibilita satisfacer un deseo fuertemente expresado por todos los jóvenes: disponer de lugares propios, inclusive en horas nocturnas. Otro efecto favorable es la caracterización de la imagen barrial que se trasunta en un incremento de los sentimientos de identidad y orgullo comunitario.

Reciclar el espacio central en las plazas históricas será dificultoso, dado el valor simbólico que tiene su imagen. En tal caso, habrá que analizar las posibilidades de instalar usos deportivos en terrenos frentistas o adyacentes. Siempre puede considerarse la posibilidad de promover algún desplazamiento de la centralidad a través de la construcción de una nueva P-CC.

## La programación

La participación es la primera estrategia para la programación de los espacios de uso colectivo. El aporte del habitante es insustituible para informar y evaluar el proceso de transformaciones que se inicia. A través de la participación, quedarán claramente establecidos los conflictos y las necesidades que se buscan conocer para encontrar caminos realistas. A la vez, la participación en la elaboración del programa acrecienta la disposición de los vecinos a apropiarse del nuevo lugar e insertarse en la gestación de actividades.

Previamente debe realizarse un diagnóstico de la situación actual, a través de un relevamiento del entorno físico y social, incluyendo servicios, infraestructura, actividades predominantes, características de la edificación, datos culturales, demográficos y económicos de la población, y un estudio de su red vincular. Se completa con la cuantificación de los recursos humanos y tecnológicos disponibles y una evaluación de la capacidad de gestión de la comunidad.

De todas las actividades que integran la vida barrial (trabajo, edu-

cación, abastecimiento, etc.), el programa de la P-CC estará mayormente referido a las actividades del tiempo libre. Dentro de esta categoría, pueden señalarse como principales focos la vida social, festividades, deportes, juegos, reposo, paseo, muestras, recitales y convocatorias comunitarias. A su vez, cada uno de estos rubros contiene varias modalidades posibles que deben conocerse: edad, género y número de los usuarios que la practican, niveles de privacidad, formas de asociación, horarios diurnos y nocturnos, protección climática (sol, viento, lluvia, frío), estacionalidad verano-invierno, dimensiones, seguridad, infraestructura y mobiliario. Para los grupos etéreos que estamos considerando, habrá que analizar por separado las actividades de los adoles-

centes (hasta 18 años) y de los jóvenes (hasta los 24 años).

Operativamente, esta información se resume en un conjunto de grillas bidimensionales o multidimensionales. De tal universo surgirá, completo y detallado, el programa de necesidades y ámbitos, interiores y exteriores, con sus características funcionales, ambientales y relacionales, que será traducido a términos espaciales y tecnológicos en la etapa de proyecto.

El programa se completa con un anexo referido a las condicionantes morfológicas (estéticas) que deberán contemplarse. Algún proyectista podría presumir que se está invadiendo su legítimo campo de libertad creativa. Sin embargo, las condicionantes se tornan pertinentes cuando se comprende que, en

cuestiones de espacio público, el arquitecto es un intérprete proyectual de la comunidad. El programa incluye lineamientos sobre la forma porque debe informar sobre la noción de espacio vivido, cuyas imágenes forman parte de la historia y la cultura de los habitantes del lugar. El diseñador no puede considerarse autónomo para desarrollar una imaginaria que puede resultar transculturada o incomprensible para la población. El sentido de pertenencia se inhibe ante los sentimientos de ajenidad y extrañeza.

Finalmente, un enfoque prospectivo señala las próximas influencias que el desarrollo urbano ejercerá sobre el área, para definir los lugares que deben flexibilizarse para evitar que las transformaciones determinen su obsolescencia prematura.

## LOS JÓVENES Y LOS ACCIDENTES DE TRÁNSITO

*Lic. María Cristina Isoba*  
*Directora de Investigación y Educación Vial*  
*Luchemos por la Vida – Asociación Civil*

La obtención de la licencia de conducir se ha constituido, en el imaginario de nuestra sociedad motorizada de clase media en adelante, en una especie de rito de pasaje a la adultez. Por ello, es una situación intensamente esperada y deseada por la mayoría de los jóvenes. Y una preocupación para los padres.

A partir de la Ley de Tránsito de la Provincia de Buenos Aires 11.430 y la Ley Nacional de Tránsito 24.449, los jóvenes que tengan cumplidos los 17 años de edad pueden conducir automóviles y, antes, con 16 años cumplidos, ciclomotores. A su vez, los padres, representantes legales de los menores de 21 años, deben autorizar a sus hijos para so-

licitar la licencia de conducir. La mayoría de ellos los autorizan a conducir, muchas veces antes de la edad permitida.

Contradictoriamente, es común escuchar entre los adultos preocupados comentarios acerca de los jóvenes y sus problemas al volante de un auto. Suele decirse que corren más peligro al conducir, porque son

inexpertos, porque beben alcohol o van muy rápido.

Muchos jóvenes sienten que son argumentos de los mayores que se resisten a confiar en ellos y ponen excusas para no compartir el auto. Algunos adultos, los menos, también creen que se exagera con la cuestión. ¿Cuál es la verdad?

## Lo que las estadísticas dicen

Las estadísticas internacionales y las cifras de la Argentina confirman la gravedad de la situación de los jóvenes en el tránsito, al punto de ser mundialmente considerados *población de riesgo*. Según información de la Organización Mundial de la Salud, los accidentes de tránsito constituyen la primera causa de mortalidad entre los jóvenes y adultos menores de 35 años. Y la tasa de mortalidad es tres veces mayor para los hombres que para las mujeres. Mueren tanto al volante de un vehículo, como en el rol de pasajeros o peatones.

En cuanto al rol como conductores, existen numerosas investigaciones de diferentes orígenes sobre el tema. Pero una de las más interesantes proviene de los Estados Unidos, país con graves problemas, ya que posee diferentes edades mínimas para el otorgamiento de licencias de conducir, que oscilan entre 15 y 21 años, según los Estados (por ejemplo, en Mississippi a los 15 y en Colorado a los 21).

En el estudio llevado a cabo por el "Instituto Nacional del Seguro para la Seguridad en el tránsito" en el año 1994, pudieron comprobar

que los estados que otorgan las licencias a más temprana edad tienen mayores índices accidentológicos que los demás.

Las cifras permiten concluir que los conductores de entre 15 y 25 años son los que participan en mayor cantidad de accidentes de tránsito, siendo responsables o causantes principales de los mismos en una proporción mucho mayor que los adultos. Además:

- cometen más errores que los mayores al conducir,
- sufren más accidentes univehiculares (por ejemplo, al perder el control de la dirección, se salen del camino y vuelcan o chocan contra objetos fijos),
- conducen a excesiva velocidad en mayor proporción que los mayores,
- conducen alcoholizados, con frecuencia, al momento de producirse los accidentes.
- no usan cinturones de seguridad, en mayor proporción que los adultos.

## Las causas de la vulnerabilidad

"La excesiva participación de usuarios jóvenes y de sexo masculino en accidentes es uno de los fenómenos más frecuentemente observados en el tránsito en todo el mundo. Es tan reiterado que parece una ley de la naturaleza. Su magnitud sugiere que (el fenómeno) debe involucrar mucho más que falta de experiencia". Así dice el investigador y compilador estadístico norteamericano Leonard Evans en su libro "Traffic Safety and the driver".

Efectivamente, en el análisis de las causas posibles, los especialistas coinciden en la importancia del momento evolutivo que viven los jóvenes menores de 25 años. Se dice que el cóctel fatal lo constituyen la combinación de "inmadurez" e "inexperiencia".

Es correcto pensar que la falta de experiencia es un factor relevante en la producción de accidentes. De hecho, los cuatro primeros años de conducción son, estadísticamente hablando, la etapa de mayor riesgo de accidente para un nuevo conductor, de cualquier edad. Sin embargo, al analizarse las cifras, resulta que los conductores noveles menores de 25 años, se accidentan más que los mayores. La edad hace la diferencia.

## Físicamente están perfectos, pero psicológicamente...

No es una cuestión de habilidades. Ellos se encuentran en un momento óptimo de su desarrollo físico. Sus capacidades mentales y físicas se desarrollaron plenamente. Sus respuestas perceptivas y motrices, reflejas y voluntarias, son óptimas. Sus aptitudes para aprender a maniobrar el vehículo son las mejores. Sin embargo, se accidentan más que los mayores.

Porque conducir un vehículo es una actividad compleja que compromete a la persona en su totalidad, física y psíquica. Y en esto último radica el problema. Las *aptitudes*, teóricamente pueden ser las mejores, pero las *actitudes* que determinan los comportamientos al

conducir no siempre son las adecuadas. Inclusive, estudios americanos compararon los índices siniestros de los jóvenes que recibieron programas de entrenamiento para aprender a conducir en escuelas secundarias con los que no tuvieron esa formación. Los primeros se accidentaron en igual o en mayor proporción que aquellos que no participaron de estos programas (el incremento se debió a que estos cursos motivaron a los jóvenes a conducir a más temprana edad).

*Inestabilidad emocional.* Los adolescentes se hallan en un momento de cambios profundos que generan, en ellos, inestabilidad emocional. El descubrimiento cotidiano de sus cambios físicos y psíquicos, de sus potencialidades y nuevas sensaciones los sorprenden y apabullan. Por momentos, sienten que todo está bien y se creen omnipotentes. Están exultantes. En otros momentos se sienten frágiles e inseguros. Se deprimen. En un instante lo tienen todo claro. Y al siguiente, no saben dónde están parados.

*Rebeldía.* Se mueven en el mundo en la búsqueda y afirmación de su propia identidad adulta, diferente de la de sus mayores. Esto los lleva, muchas veces, a confrontar con ellos y a actuar por oposición. Es la conocida “rebeldía adolescente” que, por añadidura, los incita a cuestionar o resistir las normas o pautas instituidas y, en algunos casos, a la autoridad.

*Influenciabilidad.* La identificación con el grupo de pares es fuerte y, para muchos, determinante en el actuar. Pertenecer al grupo les confiere una transitoria identidad. La palabra del par es más fuerte que el “deber ser”.

*Omnipotencia.* No quieren escuchar hablar de riesgos, de precauciones, de límites, de peligro de muerte. Porque esa realidad limitada es sentida como recorte a la propia libertad y omnipotencia. Ellos sienten que pueden con todo, sobreestiman sus capacidades y posibilidades. Usar el cinturón de seguridad, controlar la velocidad o no beber alcohol es sentido como limitaciones a su ser. Los riesgos y la posibilidad de morir son negados. La muerte está muy lejos. Creen que tienen toda una larga vida por delante.

Todos estos factores antes mencionados, inestabilidad emocional, rebeldía, influenciabilidad y omnipotencia, atentan contra la conducción segura. Las actitudes de los jóvenes al volante son, muchas veces, opuestas a la seguridad vial. Cometan errores al conducir, conducen a alta velocidad, se distraen con facilidad (especialmente cuando conducen acompañados por sus pares), se colocan en situaciones límite, conducen alcoholizados, olvidan las prioridades de paso, etc. Y precipitan así, los hechos trágicos que llenan las crónicas policiales y las estadísticas.

## En la Argentina se suma la falta de educación vial

Luchemos por la Vida, en su tarea de investigación asociada a la actividad docente en educación vial realizada con más de 700 jóvenes estudiantes secundarios de entre 15 y 18 años de Capital Federal y Provincia de Buenos Aires, pudo comprobar que la falta de educación en el tema, durante la primaria y secun-

daria, ha dado como fruto la incorporación al sistema del tránsito como conductores (de bicicletas, motos o automóviles), de jóvenes que:

- Tienen un superficial conocimiento del sistema del tránsito y la causalidad de los accidentes de tránsito.
- Desconocen cuestiones básicas de la conducción, tales como prioridades de paso, zonas de circulación, relaciones velocidad-tiempos de frenado, etc.
- Reconocen superficialmente las conductas de riesgo asociadas a la conducción (bajo influencia de alcohol, cansancio, exceso de velocidad, etc.) con graves errores conceptuales.

## Programas diversos con resultados variables

La situación reviste la suficiente gravedad como para que la tarea de concienciar, educar y proteger a los adolescentes al volante sea prioritaria en los trabajos de investigación, legislación y programación de tareas en el campo de la seguridad vial en los países más avanzados en el tema.

En ellos, se han elaborado y puesto en práctica diversos programas de educación vial para la población de enseñanza media con escasos resultados positivos. También en el campo de la legislación se han intentado diferentes clases de modificaciones a la ley, para la protección de los jóvenes y la comunidad toda. De la experiencia ajena y la propia, rescatamos algunas propuestas

que han dado buenos resultados en otros países y serían aplicables en nuestra nación, y que a nivel institucional serían prioritarias.

En educación vial:

- Educación vial en los niveles pre-escolar, elemental y medio, focalizada en la comprensión del funcionamiento del sistema de tránsito y la prevención de accidentes, por medio de actividades participativas, que tengan a los estudiantes como protagonistas del proceso de aprendizaje. Inclusión en la currícula de los contenidos mínimos que los docentes incluirán en sentido transversal.
- Específicamente para el abordaje adolescente, desarrollo de programas de concienciación en medios educativos y asociaciones intermedias, de carácter grupal, organizados y coordinados conjuntamente por jóvenes y organismos especializados.
- Tareas de concienciación para padres con respecto a la seguridad vial para niños y adolescentes, en sus roles de usuarios de la vía pública tanto como peatones, conductores o pasajeros.
- Modificar las condiciones para el otorgamiento de licencias de conducir, brindando cursos de educación vial para futuros conductores y reprogramando los exámenes de conducir, teóricos y prácticos, centrando las evaluaciones en los parámetros de un conductor seguro.

En el campo legislativo:

- Establecer 0 nivel de alcoholemia para conductores menores de 25 años.

- Obligar a la presentación de un garante (padre o representante legal, o escuela de conducir), responsable ante la ley por los daños y perjuicios que pueda ocasionar el examinado al momento de rendir su examen de conducir (ya que el mismo se desarrollará en la vía pública).
- Establecer la Licencia gradual de conducir para los menores de 21 años. Los nuevos conductores realizarían un proceso de tres etapas que implicaría la introducción gradual a la licencia completa. Este sistema permite a los nuevos conductores ganar más experiencia en la calle bajo supervisión, en situaciones de menor riesgo. Esto también significa que cuando el adolescente obtiene su licencia sin restricciones, es mayor y más maduro. Luego de que el joven conductor demuestra un comportamiento responsable, las restricciones van siendo sistemáticamente eliminadas hasta que se le da una licencia libre de restricciones.
- La licencia de conducir gradual brinda a los jóvenes y novatos conductores práctica prolongada de conducción bajo supervisión y condiciones de bajo riesgo, ya que el tiempo mínimo para acceder a la licencia plena es de un año y medio, en tanto no sufra accidentes ni tenga infracciones. Eso le permite adquirir mayor experiencia, y tener más edad al llegar a ella, con más madurez y juicio (el padre o adulto responsable debe certificar, por escrito, una cantidad mínima de horas de práctica en cada nivel).

- Reduce la exposición de los jóvenes inexpertos a situaciones de riesgo (como conducir por la noche en rutas o autopistas o junto a su grupo de pares), ya que asegura un tiempo mínimo de conducción supervisada durante las horas del día y la noche, antes de hacerlo sin restricciones.
- Exige mayor formación sobre conocimientos de conducción segura para la prevención de accidentes, y mayor entrenamiento en las habilidades de conducción básicas y avanzadas, ya que hay dos niveles de evaluación: inicial y avanzado. El segundo nivel de exámenes se centra en los principios de la conducción para evitar accidentes.
- Incrementa la motivación para conducir en forma segura y para “actuar según las reglas”. Las restricciones son levantadas como recompensa por la buena conducción, y las sanciones son impuestas por violación. Para los conductores jóvenes, la peor sanción puede ser el retraso que los mantiene durante más tiempo en una misma etapa, mientras que sus pares avanzan a los siguientes niveles. La licencia de conducir gradual provee un incentivo para la conducción segura.

Estas son sólo algunas propuestas de las diversas posibles, por la vida de todos en la vía pública, y especialmente por nuestros jóvenes. Pero, tal como expresa en su informe la OMS, “un esfuerzo concertado por parte de los gobiernos y sus socios para mejorar la seguridad vial puede hacer un mundo de diferencia”.